

**LA IMPERFECTA CASADA  
DE  
LUIS ENRIQUE OSORIO**

**Comedia en tres actos:**

**Estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá en septiembre de 1948, por la Compañía Bogotana de Comedias, con actuación destacada del EDUARDO OSORIO MORALES en el papel de PACHITO, y de CARMEN BAÑOS en el de DORA,**

**PERSONAJES:**

|          |                        |
|----------|------------------------|
| PLACIDA  | Fina Valdés            |
| AMANDA   | Adela Recalde          |
| MELBA    | Blanca Rubio           |
| DORA     | Carmen Baños           |
| ANGELITA | Elena Bernal           |
| PACHITO  | Eduardo Osorio Morales |
| ADRIAN   | Darío Valdivieso       |
| DOROTEO  | Manuel Meléndez        |
| CELESTIN | Alfredo Pérez          |

La acción en Bogotá Época actual

**ACTO PRIMERO**

**Sala de confianza en una mansión tradicional de Bogotá.**

**Al levantarse el telón, AMANDA se está quitando el traje de novia. La acompañan PLACIDA y MELBA.**

AMANDA. – Qué rabia! ¡Me dan ganas de romperlo!

PLACIDA. – ¡Era lo que faltaba!

AMANDA. – Díganle a esa bruta de la costurera que, . .

PLACIDA. – ¡Sh! ¡Qué te oye!

AMANDA. – Pues que me oiga. ..

PLACIDA. – Y con mal genio nada remedias.

MELBA. – No es sino un pequeño arreglo en la cintura.

AMANDA. – Que lo haga entonces esa mujer. ¡Pero que sea ya lo último! Francamente, quisiera casarme en monokini.

MELBA. – ¡Demasiado fresco!

PLACIDA. – ¡Qué ocurrencia!

AMANDA. – Resulta más difícil por lo visto lograr un buen traje de novia que un buen marido.

MELBA. – En cambio, con el marido no queda el recurso de mandárselo a la costurera.

PLACIDA. – ¡Claro que no! ¡Podría echarlo a pique!

AMANDA. – ¡Tengo un fastidio tan grande!

PLACIDA. – ¿Para qué atormentarse con pequeños detalles, cuando el tiempo se lo lleva todo?... ¡Qué horror! Hace veintidós años estaba yo en las mismas, midiéndome el vestido de novia en este cuarto... ¡Hace cinco años, aquí mismo, viuda ya, velando a Ambrosio, a mi marido, que no me dio que hacer en los últimos días, porque murió el pobre tan de repente!...

(**Entra PACHITO, solterón de buena familia**).

PACHITO. – Ha batido el record, mi querida Plácida.

AMANDA. – (**Pudorosa**). ¿Cómo entras así, sin avisar?

PACHITO. – Hace más de un año que no paso tarjeta.

AMANDA. – (**Cubriéndose el pecho**). ¿Pero no ves que estoy...?

PACHITO. – No lo digas, que ni siquiera he caído en la cuenta.

PLACIDA. – ¡Cierra siquiera esa puerta, por Dios!

MELBA. – Si no la mata la vergüenza, la enferma el chiflón.

PACHITO. – Es que... traigo los criados y la orquesta.

PLACIDA. – De milagro no entraste con ellos. ¡Razón de más para que cierres!

AMANDA. – Ven, Melba, antes de que siga la invasión.

(**Salen AMANDA Y MELBA**).

PACHITO. – Todas tus recomendaciones están cumplidas.

PLACIDA. – ¡Qué bueno eres! ¡No sé qué hubiera hecho sin ti!

PACHITO. – ¿Quién no te sirve a ti de rodillas?

PLACIDA. – ¡Ojala que así fuera!

PACHITO. – ¡Hoy sobretodo! ¡Estás... Radiante!

PLACIDA. – ¿Te parece?

PACHITO. – Ya oigo lo que dirán tus invitados: No parece la mamá, sino la hermana mayor.

PLACIDA. – Vete con tus piropos a otra parte.

PACHITO. – Mi concepto es simplemente... técnico. A ti nunca me atrevería a echarle piropos como a las demás mortales. Sé que lo tomarías a mal.

PLACIDA. – Veo que me conoces,

PACHITO. – Más de lo que sospechas. Te admiro y respeto como a la mujer seria por excelencia... Y por aberración.

PLACIDA. – Y por familia. Así fue mi madre... y así será mi hija, a pesar de su carácter alocado.

PACHITO. – Y así serán tu nieta y tu biznieta, aunque los tiempos cambien. Ese mal es hereditario, como las pecas.

PLACIDA. – (*Divertida*). ¿Lo crees enfermedad?... Bueno, bueno... ¡Al grano...! Después tendrás tiempo para juzgarme. Ahora, mis encargos.

PACHITO. – Veamos la lista...Bebidas. . , Te conseguí cuatro cajas de champaña y cuatro de whisky.

PLACIDA. – ¿Tanto?... ¿Para qué?

PACHITO. – ¡Qué pregunta! Para que se las beban los invitados. ¿Crees que se van a conformar con el ritual? ... Pero no te afanes. Lo conseguí todo por vía de la Guajira y en San Andresito.

PLACIDA. – Menos mal. Aunque ya tengo miedo, con tanto gasto.

PACHITO. – Pasemos a otro punto: los criados.

PLACIDA. – ¿Dices que están ahí?

PACHITO. – Pero piden cien pesos cada uno.

PLACIDA. – ¡Cien pesos! ¡Ni que fueran ministros!... Se salieron del presupuesto.

PACHITO. – Pues entonces... Conozco una solución admirable... ¿No has

regalado los fracs viejos de tu marido?

PLACIDA. – Ahí los tengo. Las que usó en las tres épocas de su carrera pública.

PACHITO. – ¡Admirable! Me consigo tres desocupados, les doy un ligero entrenamiento, y estuvo. Cada uno de ellos, a más de servir a bajo precio, encarnará una época de nuestros servilismos políticos.

PLACIDA. – ¿No nos harán quedar mal?

PACHITO. – Si con un frac se improvisa a veces un estadista, ¡con cuánta más facilidad un sirviente!

PLACIDA. – Tú verás, entonces.

PACHITO. – Respondo del éxito... Pero sigamos... ¡La orquesta!.

PLACIDA. – Es a la que más le tiemblo.

PACHITO. – No quieren tocar por menos de quinientos pesos la hora.

PLACIDA. – ¡Qué horror!... ¡Qué disminuyan músicos, entonces!

PACHITO. – ¿Y cómo, en un matrimonio de primera categoría? Te pondrías en ridículo... ¡La misma que si trajeras un traganíqueles!

PLACIDA. – Haré algo mejor. Ya había pensado que iban a criticarme el que se bailara en la casa al mes de muerto mi hermano. Pues, ahora, ¡estamos de luto!

PACHITO. – -El recurso es genial... pero aburridísimo .

PLACIDA. – Que sirva de algo mi hermanito, aunque sea después de muerto.

(**Entra AMANDA, ya vestida).**

AMANDA. – Mamá: no han ido por los carnets de baile,

PLACIDA. – Pachito: avisa por teléfono, hazme el favor, que ya no son necesarios. ¡Que no los impriman!

AMANDA. – ¡Pero si están de moda!

PACHITO. – Los músicos resultaron demasiado exigentes, y tu mamá opta por la conspiración del silencio.

AMANDA. – ¡Es ridículo! Todo el mundo sabe que se va a bailar.

PLACIDA. – Quiere decir que están mal informados. Tenga que guardarle consideraciones a Andresito. Dirán que no se ha enfriado el cadáver y ya estamos

en fiesta..

AMANDA. – ¿Y qué me importa a mí ese señor, si casi nunca le vi la cara, y murió en las antípodas.

PLACIDA. – Ojala que hoy mismo se muera alguien mas, de los parientes que nunca me han servido para nada. ¡Así me llenaré de razón!

AMANDA. – ¡Es una economía absurda! Y la que va a pagar el pato soy yo.

PLACIDA. – La que lo está pagando soy yo, con todas tus exigencias. Sabes muy bien que he tenido que hipotecar la casa para atender a todos los gastos; y sin embargo., no te sacias: que trusó de París, que cien invitados, que ponqué con periquitos de oro.

AMANDA. – Te advierto que, si no es con música, no me caso, no me caso y no me caso.

PLACIDA. – Pues no te cases. Suspendamos la boda.

AMANDA. – ¡Qué desgraciada soy!

PLACIDA. – Eso es lo que te está haciendo falta: ser desgraciada de veras; quedarte viuda como yo, a los treinta y cinco años, con una montaña de deudas encima, sosteniendo una posición social y teniendo que educarte... ¡Y que aguantarte!

AMANDA. – Por fortuna ya hay quien cargue conmigo, para que descansen.

PLACIDA. – ¡Malcriada! ¡Desagradecida!

PACHITO. – ¡Suspendan, por favor! ¡Miren lo que viene ahí!

PLACIDA. – ¿Quién?

AMANDA. – ¿Qué?

PACHITO. – ¡Otras copas de plata!

AMANDA. – Pero ya a nadie se le ocurre mandar otra cosa: copas de plata, copas de plata, copas de plata...

PACHITO. – ¿Qué querías entonces? ¡Minas de Muzo? ... ¡Museo del oro? ...

PLACIDA. – (**Sale y regresa con el estuche**). Es de las Pinillo... De las mismas que le mandaron a Delfina cuando se casó... ¡Claro! Borraron el monograma y pusieron tus iniciales.

PACHITO. – Mejor así. De esa manera la plata vuelve a ser medio circulante.

PLACIDA. – (Amabilísima, hacía fuera). Dígales que están lindísimas, que un millón de gracias,

***Sale PLACIDA por una puerta y entra MELBA por la otra.***

MELBA. – ¡Ya está! Ahora sí te va a quedar muy bien entallado... ¿Te lo pruebas otra vez?

AMANDA. – ¡Lo que quisiera es quemarlo!

MELBA. – ¿Otra cólera? ¡Qué mal te estás despidiendo de la soltería!

PACHITO. – Esta vez tiene toda la razón. ¡No habrá orquesta!

MELBA. – ¡Y yo que tenía ya todas las piezas comprometidas!

AMANDA. – ¡Y te quedas ahí de posma! ¡Ve y convéncela de que eso es absurdo!

PACHITO. – Mi argumento tendría que ser metálico. Y ya conoces mis finanzas.

AMANDA. – ¿Qué hago?

PACHITO. – Tú sabrás... En cuanto a los dos, Melba, creo que la música no nos hará falta para bailar... A tu marido,

MELBA. – ¡Cínico!

PACHITO. – No pretendo que lo descartemos. Cuando se acabe aquí el whisky, nos vamos con él a un cabaret... Y amanecemos.

MELBA. Pero le consigues una amiga bien simpática, para que lo entreteenga y nos deje en paz.

PACHITO. – ¿De qué color la quieres?

MELBA. – Pregúntaselo a él. Yo nunca le controlo el arco iris... Míralo: allí está ya. Acaba de llegar.

PACHITO -- Ve entonces a informarle el proyecto

MELBA. – ¡Dody... ¡Dody!

***(Sale MELBA).***

AMANDA. – Conozco a mamá cuando se encapricha. Habrá que resignarse.

PACHITO. – Sí. Es mejor que ataquemos por la línea de menor resistencia... y voy a empezar... (**Toma una botella**).... ¿Esto es de beber?

AMANDA. – No. Agua de colonia.

PACHITO. – (**Sorprendido**). ¿Te mandaron agua de colonia? ¿Quién?

AMANDA. – Sería lo que faltaba para que todo fuera de medio pelo.

PACHITO. – ¿La llave del bar?

AMANDA. – Está abierto.

PACHITO. – (**Abriéndolo**). ¿Me acompañas?

AMANDA. – Será... para humedecer la contrariedad.

PACHITO. – ¿Con qué?

AMANDA. – Elige tú.

PACHITO. – Yo echo siempre por el camino real...Un whisky.

AMANDA. – De acuerdo. ¡Cómo congeniamos!

PACHITO. – Todo es quedarnos solos tu y yo. y por malas que sean las noticias empiezan el buen humor y la cordialidad.

AMANDA. – Como vives de broma... (**Ríe**).

PACHITO. – -Me encanta esa risa... ¡Lástima!

AMANDA. – ¿Lástima por qué? ¡No faltaba más!

PACHITO. – Porque ya tiene dueño.

AMANDA. – Todavía no.

PACHITO. – ¿Puedo gozarla a mis anchas aunque sea unas hora??

AMANDA. – ¡Integra!

PACHITO. – No vale la pena...

AMANDA. – ¡Desagradecido!

PACHITO. – ¿Qué significan unas pocas hora., cuando queda por delante toda una vida?

AMANDA. – ¡Eres demasiado exigente!

PACHITO. – Hasta conmigo mismo. Nada poseo, porque no acepto nada a medias.

AMANDA. – ¿Te parece poco tu ingenio?

PACHITO. – Mi ingenio me sirve a duras penas para que, en el ambiente social en que vivimos, y al cual no sabría renunciar, las gentes toleren mi pobreza y me eximan del tremendo deber de devolver atenciones... Y también para encontrar personas que, como tú y Plácida, se familiaricen con mi soltería y me miren como a un miembro de familia.

AMANDA. – ¿Y por qué no te casas? ¡Todavía es tiempo!

PACHITO. – No creas que no sueño con un hogar feliz, oloroso a geranios. Pero como sé de antemano que no podría sostenerlo de acuerdo con mi rango, renuncio a esa ilusión... Me conformo con ser un parásito alegre, y con mi modesta fortuna: tres vestidos de ceremonia, y la ligereza o el des-pechín de tres o más señoritas bien.

AMANDA. – Lo que pasa es que no has encontrado tu media naranja.

PACHITO. – ¡Hace tiempos!

AMANDA. – ¡Mírenlo! ¡Y lo tenía tan guardado!

PACHITO. – Una naranja entera, partida en dos!

AMANDA. – ¡Y te quejas!

PACHITO. – Pero ninguna de esas dos medias naranjas renunciaría a su medio ambiente para irse a vivir a una pensión.

AMANDA. – ¿Quiénes son ellas? Cuéntame!

PACHITO. – La una... tu mamá,

AMANDA. – (*Ríe*). ¡Díselo! ¡A ver si eso la anima y se vuelve a quitar el luto!... ¡Díselo, para que traiga música!

PACHITO. – -Correría yo en tal caso dos peligros,

AMANDA. – ¿Cuáles?

PACHITO. – El primero, que me mandara a paseo. El segundo, que le pareciera buena la propuesta, y me endosara todos sus problemas económicos... Inclusive los que tú le estás creando ahora.

AMANDA. – Nunca dejas de hablar en broma.

PACHITO. – Tu mamá me queda grande... Demasiado grande.

AMANDA. – Y la otra. ¿quién es?... ¿Melba?

PACHITO. – No... Ella es solo un calmante...de los que quitan el dolor por una hora.

AMANDA. —Entonces, ¿quién?... ¿Quién?

PACHITO. – La otra me queda chica... ¡Eres tú!

AMANDA. –Te está haciendo ya daño el whisky...Dame acá el vaso,

PACHITO. – Por el contrario: me está dando aplomo y clarividencia. Hablo en serio.

AMANDA. – (*Divertidísima*). ¡Con bastante retardo!

PACHITO. – Es una declaración sui-géneris; pero es una declaración.

AMANDA. – Habrías podido hacerla con más oportunidad.

PACHITO. Hubiéramos discutido el punto. Y, ¿para qué?

AMANDA, -¿Para qué? ... Es cierto. ¿Para qué?...Valgo tan poco...

PACHITO. – Ahora lo tomaste a ofensa.

AMANDA. Si te dijera, Pachito, que yo también tengo, como tú, mis ideas, que nadie entendería...

PACHITO. – ¡A ver! Explica eso. Me interesa.

AMANDA. Al principio, recién muerto papá, como venías tanto a vernos, estaba segura de que ibas a ser...

PACHITO. – ¡Tú padrastro!

AMANDA. – Ni más ni menos.

PACHITO. – ¿Y te disgustaba?

AMANDA. – Francamente... No.

PACHITO. – ¡Qué benevolencia!

AMANDA. – Despues comprendí que por ese lado no había nada y como seguías viniendo, y nos llevabas a todas partes, y...

PACHITO. – Pensaste que entre tu papá y tu mamá, cuando se casaron, había más o menos la misma diferencia de edades que entre tú y yo.

AMANDA. – Alcancé a hacerme ilusiones. ¡Fíjate qué tonta!

PACHITO. – ¡Brutal! Ahora eres tú quien se declara.

AMANDA. – ¿Por qué no? ... Llegué hasta a sentir celos de Melba ¡Cómo la atiendes tanto!

PACHITO. – ¡Hasta allá llegaste! Fíjate: y yo en babia.

AMANDA. – Te lo puedo contar ahora todo; porque como es historia antigua y ya no tiene ninguna importancia...

PACHITO. – ¡La cara que habría puesto Plácida si me da por ahí! ¡Enamorarse de su hija, pretenderla un hombre sin porvenir, que ni siquiera ha sido concejero municipal, cuando el papá tiene ya busto y merece un yerno encaminado a la estatua!...

AMANDA. – Pero como a lo mío ya se le puede echar tierra, voy a contarte a mamá lo otro... Lo de la primera media naranja.

PACHITO. – Atrévete, y no te vuelvo a hacer ninguna confidencia...ni me vuelve a ver en todos los días de tu vida.

(*Entran de brazo MELBA y DOROTEO*).

MELBA. – A este hombre se le ha metido en la cabeza ver todos los regalos, uno por uno.

DOROTEO. – Bellísimos... Bellísimos...

MELBA. – ¿Sabes, Dody, que ya tenemos el gran programa para mañana después del matrimonio?

DOROTEO. – ¡Ah, sí?... ¡Ah, sí?

MELBA. – De Pachito, que es todo un maestro de ceremonias. Vamos a prolongar la fiesta hasta la madrugada.

DOROTEO. – Admirable... Bien, bien...

PACHITO. – Y te ayudaré a llevar tu cruz...

DOROTEO. – Entendido... Convenido...

MELBA. – Cuando Amanda esté en la gloria, nosotros no nos quedaremos atrás. .

Estaremos. – ¿Dónde, Dody?...

DOROTEO. – Pachito dirá. Pachito dirá....

PACHITO. – Pues si me autorizas...

AMANDA. – ¿Les ofrezco algo...? (**Va al barcito**).

MELBA. – No. Nos vamos ya. A acostarnos temprano... A acumular bríos para mañana... Porque llevamos cuatro trasnochadas seguidas.

DOROTEO. – -Efectivamente... Cuatro, cuatro...

MELBA. – Hasta mañana, querida.

DOROTEO. – Hasta mañana, hasta mañana. ..

MELBA. – ¡Ay, pero que tonta! Casi se me olvida por estar hablando tonterías!

AMANDA. – ¿Qué?

MELBA. – Que aquella muchacha te busca

AMANDA. – ¿Qué quiere?

MELBA. – No sé...

AMANDA. – Ah, debe de ser la que encargue para el vestier de las señoritas... Hazla seguir, Pachito, por favor...

MELBA. – Hasta mañana, pues...

DOROTEO. – Felicidades... Felicidades...

(**Salen MELBA Y DOROTEO**).

PACHITO. – ¿La hago seguir aquí?

AMANDA . – Sí.

(**Sale PACHITO. Entra DORA**).

DORA. – (**Hacia fuera**). Espere ahí mijito. Sentado y sin ir a tocar nada, (**mira todo con curiosidad y sorpresa**). ¿La señorita Amanda?

AMANDA. – Si... Ay, hija: le anticipó que, si es usted la del vestier, no se me vaya a presentar mañana con niño. Hasta los de aquí se van a mandar para otra parte.

DORA. – (**Altiva**). No, señorita... No soy la del vestier.

AMANDA. – ¿Qué deseaba entonces?

DORA. – Yo soy... soy... (**Vacila**). Perdone, señorita... Es mejor que me vaya.

AMANDA. – ¿Se disgustó por lo del niño?... No he querido ofenderla; pero usted comprenderá que...

DORA. – No es por el niño, señorita... O mejor dicho: sí es por el niño... Hice mal en traerlo... Vamos, Adriancito.

AMANDA. – ¡Qué gracioso! ¿Se llama Adriancito?

DORA. – (**Áspera**). Sí, señorita .

AMANDA. – (**Hacia fuera**). Venga acá, nene... Venga acá. Tome un dulce.

DORA.. – Se lo agradezco; pero...

AMANDA. – Bueno; hacemos una cosa: que el chico se comprometa a estarse formal, junto a usted, sin venir a los salones.

DORA. – (**Saliendo**). No es necesario.

AMANDA. – No sea susceptible... No sea boba... (**La toma por el brazo**). Cuando hay que trabajar, sobra tanta delicadeza.

DORA. – Señorita: no he venido a pedirle trabajo de ninguna clase... Ni me hace falta.

AMANDA. – Está bien.

DORA. – Quería solamente informarle que... Pero creo que no hay objeto.

AMANDA. – Pero... ¿Quién es usted?

DORA. – Soy la... La compañera de su prometido,

AMANDA. – ¡De Adrián!

DORA. – Y ese niño es el mayor. Por eso lleva el mismo nombre.

AMANDA. – (**Entre miedosa e indignada**). ¿Y a qué viene usted aquí? ... ¿Cómo se atreve?

DORA. – He venido a que usted lo sepa. (**Llora**).

AMANDA. – ¿Cuántos hijos tienen?

DORA. – (**Sonándose**). Tres... (**Se domina y deja de llorar**).

AMANDA. – ¿El la sedujo?

DORA. – (**Sonriendo amargamente**). No lo culpo de eso, señorita ...Cuando él me conoció, no había en mí ya mucho qué seducir.

AMANDA. – ¡Ah!... Entonces... (**Rabiosa**). lo que me extraña es que se atreva usted a poner los pies en mi casa...Ya sé a qué clase de mujeres pertenece usted... ¡Ni de Adrián serán esos hijos, y ahora quiere acomodárselos!... ¡Pachito!

DORA. – No recojo su insulto, señorita. Usted es persona culta y bien nacida, y está en su casa. Las gentes creerían que era más bien yo, la mujerzuela, quien la había ultrajado a usted...

(**Entra PACHITO**).

PACHITO. – ¿Quéquieres?

DORA. – Posiblemente que yo me vaya.. .

AMANDA. – No... Espere... No hemos acabado de hablar.

DORA. – ¿De hablar a solas, o ante testigos?

AMANDA. – A solas...

PACHITO. – (**A AMANDA, aparte**). ¿Quién es esa chata?

AMANDA. – -Después te digo.

PACHITO. – ¿Para qué me llamabas?

AMANDA. – Para pedirte que no dejes venir a mamá.

PLACIDA. – (**Fuera**). Pachitooo...

PACHITO. – Oye: y me están llamando... Sigamos, pues, de Herodes a Pilatos.

(**Sale PACHITO muy intrigado, mirando hacia atrás**).

DORA. – No veo el objeto...

AMANDA. – Ya que usted vino a buscarme, me interesa saber muchas cosas. Ante todo, ¿cómo lo conoció?... ¿Cómo lo atrajo?

DORA. – ¡Qué lejos estará usted de comprenderlo, señorita! Usted es una de esas personas a quienes la vida trata con guante blanco... A otras, al contrario, nos empuja a toda clase de humillaciones y de bajezas.

AMANDA. – ¿Será que las empuja, o que tienen vocación para eso?

DORA. – Si usted fuera, como yo, la hija de nadie, y se hubiera visto obligada a fugarse con un nadie para huir al horror de su niñez... Y acabarse de hundir... Y seguir cuesta abajo a la fuerza.

AMANDA. – ¿Y fue después de todo "eso" cuando conoció a Adrián?

DORA. – Sí, señorita.

AMANDA. – (**Mordaz**). Le hizo usted un gran aporte a su carrera ...

DORA. – Señorita: es usted quien se ha empeñado en que no me vaya y nos dejen solas. No estamos además en la calle, ni es usted mí igual, para que yo responda a sus ofensas. Le aconsejo por lo tanto que las guarde.

AMANDA. – Lo haré con mucho gusto.

DORA. – Pero aunque usted no lo crea, sí hice un buen aporte a la vida de Adrián. El era un pobre estudiante que ni siquiera se podía sostener. Yo, aunque menor que él, trabajé con una tiendecita de arrabal para pagarle matrículas, comprarle libros, darle de comer, costearle el grado de doctor...

AMANDA. – ¡Qué horror!

DORA. – ¿Por qué horror? ¿Porque la buena acción fue mía?

AMANDA. – No, no... Por eso no... Porque nunca supuse.

DORA. – Después pasamos a un barrio mejor, amplié el negocio y pude ayudarle a ganar elecciones.

AMANDA. – (**Aterrada**). ¿Y eso se sabe?

DORA. – Lo sabemos ahora usted y yo... Y él naturalmente... Y Dios, que nos oye... Tengo la satisfacción de haber cuidado siempre su buen nombre.

AMANDA. – ¡Una acción muy noble!

DORA. – Quizá por eso mismo, a medida que triunfaba, se iba alejando de nosotros... Nunca sospeché que era yo misma quien lo ponía así en camino de abandonar a sus hijos y avergonzarse de ellos.

AMANDA. – ¿Cuándo supo usted que él era mi novio?

DORA. – Cuando vi la noticia en los periódicos... Por mí no importaba; porque, al fin y al cabo, "un amor que se va... Cuantos se han ido"... Nunca me he echado a morir por nadie... Ni cuando se fue el papá de la niña mayor, que hasta me había

ofrecido casarse conmigo... Y si algún reclamo le hice a Adrián, fue por esos niños; y no se imagina usted cómo me trató.

AMANDA. – ¡Muy mal hecho!

DORA. – Le confieso por tanto, señorita, que vine en otro estado de ánimo... Sé que otras mujeres, en este caso, no han vacilado en cortarle la cara a la que les quita a su hombre... O en echarle vitrolo...

AMANDA. – (**Aterrorizada**). ¡Mamá!

DORA. – ¡Calle, señorita! ¡Si nada le va a pasar ya!

AMANDA. – ¡Mamá!

DORA. – En fin: feliz usted, que tiene a quien llamar cada vez que se siente en peligro... ¡Otras vivimos tan desamparadas!

(**Entra PLACIDA**).

PLACIDA. – ¿Qué fué?... ¿Qué fue?

AMANDA. – Me enterré un alfiler...

PLACIDA. – ¡Muestra!... ¿Dónde? ...

AMANDA. – Aquí...

PLACIDA. – No fue nada. ¡Tanto escándalo, y ni una gota de sangre! ¡Cómo se ve que no tienes penas! ....Y por correr a ver qué te pasaba, casi se me cae la canasta de orquídeas que mandó el presidente del Senado. ¡Una divinidad!

AMANDA. – (**Chupándose el dedo**). ¡Cómo duele!

PLACIDA. – Ya lo sé, que duele. ¿No ves que pasé la juventud cosiendo, y no bailando y jugando a las cartas?... (A **DORA**). ¿Y usted? (La mira analizándola con desconfianza).

AMANDA. – Es una muchacha que me recomiendan...

PLACIDA. – Pero... ¡si aquí están completas!

AMANDA. – Eso le decía yo.

PLACIDA. – (**Al oído de Amanda**). No me gusta el aspecto, sabes?

AMANDA. – Estamos de acuerdo.

PLACIDA. – Sácale el cuerpo... con cualquier disculpa.

AMANDA. – Eso estaba haciendo... Déjame sola con ella...

(Sale **PLACIDA**).

AMANDA. – Usted perdone; pero...

DORA. – Es natural que usted se haya asustado, señorita. No tengo, como usted, buenos modales, y soy tan dura para decir las cosas... Usted en cambio es refinada para todo: para ultrajarme a mí, para mentirle a su mamá... Se ve que es una señora muy buena...No quisiera yo darle ningún disgusto,

AMANDA. – Tampoco quiero yo que usted se dé por ofendida. Pero póngase en mi caso.

DORA. – Si fuera a perder el sentido por todo lo que me han hecho y dicho en la vida... En todo caso, señorita, reconozco que usted no tiene culpa ninguna... y me voy.

AMANDA. – Todavía no... Quisiera hacerle otras preguntas.

DORA. – ¿y para qué?

AMANDA. – (**Yendo al bar**).. ¿Toma usted algo?

DORA. – (**Cohibida**). ¡Ay, no, señorita!

AMANDA. – ¿Por qué no?

DORA. – En fin... si usted tiene a bien...

AMANDA. – ¿Un whisky?

DORA. – ¡Puede venir su señora madre... O el señor... O cualquiera otra persona... Y qué dirán!

AMANDA. – ¡Ojalá llegara Adrián... Me gustaría darle esa sorpresa. . (**Entregándole la copa**). Hágame el favor...

DORA. – No, señorita, no...

AMANDA. – ¿No le gusta el whisky?

DORA. – (**Risueña**). Quizá más que a usted, señorita...

AMANDA. – ¿Así está bien?... ¿O le sirvo más? ...

DORA. – Si ese es su deseo... por mí no hay inconveniente...

AMANDA. – Hágame el favor...

DORA. – Entonces... me perdonas... y me lo da un poquito más cargado...

AMANDA. – Con mucho gusto... Usted dirá...

DORA. – Así está bien... Gracias, señorita.

AMANDA. – ¿No le dio miedo entrar acá?

DORA. – (*Después de beber*). ¿Miedo?... No se lo he tenido a nada ni a nadie.

AMANDA. – Y si venia a atacarme, ¿por qué cambió de idea?

DORA. – Al verla a usted, señorita, pensé de otra manera. Nunca había estado tan cerca a una muchacha de buena sociedad, ni había entrado a una casa como esta. Todo impone respeto, no sé por qué. Y comprendí que Adrián, para salir adelante, necesitaba una mujer así... y una casa así... Soy ignorante, pero entiendo las cosas con rapidez.

AMANDA. – ¿Sospecha usted entonces que él no ha venido aquí por amor, sino por conveniencia?

DORA. – —Es posible que la quiera mucho, como me quiso a mí; pero necesita que lo lleven de la mano. Sólo que, si a mí me tocó ayudarle con una tienda en sus días de estudiante, ahora estorbo. Ahora necesita una persona como usted... Oponerme a eso sería inútil... Se lo dejo, señorita... Verdad, de todo corazón... Otro doble, si me hace el favor.

AMANDA. – Con mucho gusto.

DORA. – Perdonará; pero una vez que empiezo, un solo trago es para mí lo mismo que nada.

AMANDA. – (*Sirviéndole*). Imaginé que las mujeres como usted eran en realidad malas .

DORA. – Por el contrario. El corazón es lo que nos perjudica. Y mientras más duro nos da la vida, más lo ablanda.

AMANDA. – ¿Supiera usted que acabo de tomar una determinación? ... No me casaré con Adrián.

DORA. – (*Después de beber*). Si es por mí, lo mismo me da que se case o no se case. Ya no es mío, ni puede serlo, ni me echaré a morir por eso... No será la primera vez que hago de tripas corazón,

AMANDA. – No pienso tanto en usted como en sus hijos. El no puede, no debe abandonarlos.

DORA. – Para defenderlos me basto yo. Si lo eduqué a él, con más veras los educaré a ellos. Aunque les dé por la política y se avergüencen de mí después, (**Le tiende la copa vacía**).

AMANDA. – ¿Más?...

DORA. – Ahí verá, (**enérgica**). Eso sí: le ruego que no trate de humillarme otra vez; porque de pronto pierdo el control y...

AMANDA. – Viene mamá....

DORA. – Adiós, señorita... Y no se preocupe por nosotros, que no nos volverán a ver nunca... Por fortuna el mundo es grande y a nadie le falta su divina providencia.

AMANDA. – ¿Piensa usted viajar?

DORA. – -Mi viaje comienza ahora mismo,...Ni sé para dónde... Voy a vender los trastos, que tampoco son muchos y...

AMANDA. – Si no lo ha de tomar a mal, quisiera ofrecerle algo...

DORA. – Nada más, señorita. Con los whiskys basta.

AMANDA. – Si va a viajar, tendrá muchos gastos...Acépteme siquiera... Este anillo... ¡El de compromiso!

DORA. – No, señorita. Gracias... Consérvelo... Y hasta téngalo listo más bien.

AMANDA. – Es con todo gusto.... ¡Para sus niños!

DORA. – Es mejor que lo conserve... Le puede servir más a Adrián en cualquier momento... Sé cómo se lo digo, señorita... (**Volviéndole la espalda y dirigiéndose al niño**). Vamos, Adriancito. . Vamos.

(**Sale DORA... Entra PLACIDA**).

PLACIDA. – ¿La despachaste?

AMANDA. – Sí.

PLACIDA. – No me gustó nada. Tiene no sé qué aspecto de vida alegre. A lo mejor es de esas que entran sin equipaje y cargan después con todo... Hasta con el marido.

AMANDA. – En este caso te equivocas.

PLACIDA. – ¡Tengo un ojo! Piensa: ¡tantos años controlando a Ambrosio y

cambiando el servicio!

AMANDA. – Soy yo más bien quien va a cargar con el marido de ella.

PLACIDA. – ¿Cómo?

AMANDA. – Es la amante de Adrián. Vino a contármelo todo. Tienen tres hijos.

PLACIDA. – No has debido recibir a esa mujer. Me hubieras dicho de qué se trataba, la saco de aquí con cajas destempladas.

AMANDA. – ¿Qué importa que la haya recibido o no? Lo malo es la infamia que él comete.

PLACIDA. – Lo malo, hija, es no ignorar esas cosas. Al fin y al cabo, los hombres son hombres. ¡Allá ellos!

AMANDA. – Mamá: he resuelto romper con Adrián.

PLACIDA. – ¿A estas alturas?... ¿Hablas en serio?

AMANDA. – ¿Pretendes que me case a sabiendas, con un hombre que abandona a sus hijos y no merece ninguna estimación?

PLACIDA. – Quiero que coloques cada cosa en su sitio. ¿Vas a resultar ahora la rival de una cualquiera?... Todos los hombres tienen sus flaquezas, sus enredos... Sospecho más bien que te has dejado sugerenciar como una tonta. ¡Sabe Dios qué antecedentes ni qué intenciones tenga esa prójima! ¡Sabe Dios si hasta mentira será, y tratan de hacernos un chantaje! ¡Como tenemos fama de ricas...!

AMANDA. – Esa mujer no ha mentido.

PLACIDA. – ¡Confíate de esas moscamuertas! ¡Apuesto a que vino a hablarte de su pobreza!

AMANDA.. – -No me recibió nada.

PLACIDA. – O a rogarle que no se lo quitaras, y te dejaste convencer.

AMANDA. – Por el contrario.

PLACIDA. – Ellas saben muy bien cómo hacen sus cosas. Sin pedírtelo, te llevó en minutos a donde ella quería, y se iría riéndose de ti.

AMANDA. – Sea como sea, no voy a consagrarme a un hombre así toda mi vida.

PLACIDA. – Lo que debes pensar es que, si él tenía en verdad su enredo, resolvió cortar por lo sano para casarse contigo y vivir como Dios manda.

AMANDA. – Si es así, ¿por qué no me lo dijo?

PLACIDA. – No podía, hijita; no podía. ¡Y no debía! Se necesita ser muy inmoral para ir a contarle a la novia todas las barbaridades que se hayan hecho por fuera. Si nada te ha dicho, es precisamente porque te respeta, porque vas a ser su mujer legítima, porque te coloca muy por encima de cualquier aventura pasajera.

AMANDA. – Mamá: inventemos cualquier pretexto para aplazar este matrimonio. ¡Te lo suplico!

PLACIDA. – ¿Aplazarlo por eso nada más? ¡Sería ridículo! ¿Te parece además poco lo que se ha gastado y las deudas que me he echado encima?

AMANDA. – Peor sería dar un paso en falso.

PLACIDA. – ¡Un paso en falso! ¡A eso llamas paso en falso! ¡A conseguir un marido con título de doctor, con prestigio político, con tanto porvenir! ¿Dónde encuentras otro así, dónde? El príncipe azul no existe.

AMANDA. – ¡pero si no lo quiero ya!

PLACIDA. – En esas estás siempre: que no lo quieres ya. Y al rato, otra vez hecha una miel.

AMANDA. – Esta vez estoy segura.

PLACIDA. – Mira: no insistas en esas chiquilladas, porque pensaré que no mereces todo lo que Dios te ha dado. Primero, que no te casas porque no te queda bien el traje de novia; luego, porque no te queda bien el marido. . No, hijita. La vida es demasiado difícil y complicada para que la subordes a tu capricho.

AMANDA. – ¿Y si después de casado él va a buscarla otra vez?

PLACIDA. – Espera a que las cosas sucedan para hallarles remedio como más convenga, dentro de tu deber y el temor de Dios. ¡Como yo lo hice!

AMANDA. – Déjame por lo menos concretarlo.

PLACIDA. – ¿Para qué? No compliques más el problema. Ignóralo todo.

AMANDA. – No sé fingir.

PLACIDA. – Aprende a fingir. Ignóralo, hija; ignóralo. Sé lo que te digo. Y ofrécele a Dios esta contrariedad, que no será la última.

AMANDA. – Pero mamacita...

PLACIDA. – ¡Ni una palabra a él! ¿Me entiendes? ¡Como si nada supieras!

(**Entra PACHITO**).

PACHITO. – Te necesitan, Plácida.

PLACIDA. – ¿Más copas?

PACHITO. – No. Otras orquídeas. Ahora están llegando los regalos de los congresistas, que tienen debilidad por las plantas parásitas.

PLACIDA. – Ya no sé dónde colocar tanto regalo... y se me acabaron las monedas para las propinas...

(**Sale PLACIDA**).

AMANDA. – (**Angustiada**). ¡Pachito.... ¡Pachito!

PACHITO. – ¿De qué se trata ahora? ¿Te quedaron chiquitos los zapatos?

KMANDA. – Pachito: ¿es cierto que me quieres?

PACHITO. – Tan cierto como la luz del día.

AMANDA. – ¿Serías capaz de afrontar por mí cualquier dificultad?

PACHITO. – En cuanto esté a mi alcance...

AMANDA. – ¿Y si te pido un sacrificio?

PACHITO. Que estoy ya sacrificando a mi manera, en la peor de las formas... ¿Te parece poco aguantar impunemente que otro cargue contigo en mis propias narices?

AMANDA.. – Toma en serio la vida alguna vez. ¿No dices que quieres un hogar?

PACHITO. – ¡Claro! ¡Y también un viaje a la luna!

AMANDA. – Vamonos entonces, Pachito.

PACHITO. – ¿A la luna?... Que otros corran el riesgo inicial! Me espero al segundo o tercer viaje.

AMANDA. – Nos vamos a cualquier parte... A donde tú quieras .

PACHITO. – -¡Si ya viene Adrián!

AMANDA. – ¡Yo no me caso con ese hombre!

PACHITO. – ¿Y por esoquieres irte conmigo?

AMANDA. – Sí...

PACHITO. – ¡Lindo escándalo me propones!... ¡No faltaba más!

AMANDA. – Entonces, mentiste. No me quieres.

PACHITO. – Te quiero, pero a mi modo: sin estridencias. Pero por lo visto contigo no se puede ser sincero. Te festejo con un triquitraque, y se me viene encima un bombardero.

AMANDA. – Es que... No sabes lo que pasa.

PACHITO. – No... No sé....

AMANDA. – ¡Adrián tiene una amante... Y tres hijos!

PACHITO. – ¿No más?.... Está pobre su "curriculum vitae"

AMANDA. – Quiero que, cuando venga, no me encuentre ya aquí. Si no me voy contigo, me voy sola.

PACHITO. – Pues ni sola ni acompañada.

AMANDA. – (**Abrazándolo**). ¡Hazme tuya, bobo! ¡Hazme tuya!

PACHITO. – (**Esquivo**). No sabes hasta qué punto tengo atrofiado el concepto de propiedad.

AMANDA. – Miedo es lo que tienes. Por eso no levantas cabeza,

PACHITO. – ¡Bello sería dominar el miedo! Pero hay que ser realistas, nenita... No te sulfures. ¿Fugarnos tú y yo? ¿Y en vísperas de tu boda?... ¿Dejar metido a todo el mundo para irte con Pachito, el campeón del chiste bogotano, y sin un centavo en el bolsillo? ... ¡Creerían que era un chiste más!

AMANDA. – Tengo mis joyas.

PACHITO. – Suponte que con ellas compráramos una carabela y nos lanzáramos al mar tenebroso de tu despecho. ¿A dónde nos daba el agua?...

AMANDA. – ¡Cobarde! ¡Cobarde!

PACHITO. – De acuerdo. En la empresa que me propones, lo más aconsejable es la cobardía.

AMANDA. – Lo que pasa es que nada te importo, que por mí no arriesgas nada, que no quieres sino a mamá... Si ella fuera la que te lo proponía...

PACHITO. – Ella, por ser mayorcita, merecería en tal caso una camisa de fuerza... Pero mira: ¡qué tal si me arriesgo! ¡Nos habrían detenido en el zaguán!

AMANDA. – ¿Por qué?

PACHITO. – Porque ahí está el tercero en discordia... (*Hacia fuera*)... Aquí la tienes, Adrián.

(*Entra ADRIÁN*).

ADRIÁN. – ¡Mi amor! ¿Me tardé mucho?

PACHITO. – ¡Una barbaridad!

ADRIÁN. – La política, que es terrible... ¿No me das un beso?

AMANDA. – No.

ADRIÁN. – ¿Por respeto a Pachito?

AMANDA. – ¡No te vayas. Pachito... No te vayas!

PACHITO. – Ya vengo... Voy a traer un poco de tenteallá.

(*Sale PACHITO*).

ADRIÁN. – Quiero un beso.

AMANDA. – Ahora no.

ADRIÁN. – (*Divertido*). ¿Por qué no?

AMANDA. – Mi razón tendrá

ADRIÁN. – ¿Qué bicho te ha picado?

AMANDA. – Nada que te interese.

ADRIÁN. – Te voy a poner de buen humor con una gran noticia. Mira esta esquina: viene mañana al matrimonio el Presidente de la República.

AMANDA. – (*Yerta*). Te felicito.

ADRIÁN. – ¡Es un gran síntoma!

AMANDA. – ¿De qué?

ADRIÁN. – De que no está contra mi, y me dejará entrar al servicio diplomático. ¡Luna de miel en una embajada. ¿No te entusiasma?

AMANDA. – Ya no.

ADRIÁN. – ¿No te entusiasma tampoco pensar que sólo faltan veinticuatro horas para que estés en mis brazos definitivamente?... ¡Mi Amanda!

AMANDA. – ¡No me abrases!

ADRIÁN. – ¿Te sientes mal?

AMANDA. – ¡Déjame sola ahora!

ADRIÁN. – Será, pues. Habrá que irse acostumbrando a tu modo de ser.

AMANDA. – O al tuyo. Quien sabe cuántas veces me quedaré sola después de casada... Suéltame... Ve con los demás.

ADRIÁN. – Prefiero estar contigo.

AMANDA. – (*Exasperada*). Pero yo no. ¿Me entiendes?... ¿O eres torpe? (**Cae en un sofá llorando**).

(*Entra PACHITO*).

PACHITO. – (*A ADRIAN tomándolo por el brazo*). Ven... Déjala tranquila... Ella tiene razón.

ADRIAN. – ¿Qué le pasa?

PACHITO. – (*Llevándoselo*). ¿Qué ha de pasarle, hombre? ¡Qué se casa contigo mañana!... ¿Te parece poco?

## TELON

## ACTO SEGUNDO

*La misma decoración del primer acto, de noche. PLACIDA se dirige a una sirvienta invisible.*

PLACIDA. – Dile que no estoy... que no estoy.

(*Entra PACHITO*).

PACHITO. – ¿Qué no estás?... Ayer lo creí y perdí el viaje.

PLACIDA. – Perdóname. No sabía que eras tú. No estaba en ánimo de recibir a nadie.

PACHITO. – ¿Ni a mí tampoco? ... Sabías muy bien que era yo.

PLACIDA. – Si lo sospechabas, ¿por qué entraste entonces?

PACHITO. – Desde hace días noto aquí una política rarísima respecto a mí... ¡Rarísima!

PLACIDA. – Te lo imaginas.

PACHITO. – No es fantasía... y quiero definir esa situación, saber a qué atenerme. ¿Debo alejarme del todo?

PLACIDA. – -¡Cómo se te ocurre!

PACHITO. – Hablemos con franqueza; ¿qué pasa?

PLACIDA. – Nada pasa, Pachito... No seas tan suspicaz.

PACHITO. – Háblame pan pan, vino vino. Sé muy bien que estás diciendo una cosa y pensando otra.

PLACIDA. – Pues bien: Ya que quieres franqueza...

PACHITO. – Echa eso afuera. ¡Apuesto a que es un chisme!

PLACIDA. – Pues...

PACHITO. – ¿Lo ves? ¿Lo ves?

PLACIDA. – No pienses ni por un momento que es mala voluntad... Ni falta de cariño.

PACHITO. – ¿Entonces qué es?

PLACIDA. – ¿Para qué me haces hablas?

PACHITO. – ¿Traigo el sacacorchos?

PLACIDA. – ¿No te has dado cuenta de que se murmura.

PACHITO. – No.

PLACIDA. – ¡Sí estamos en boca de todo el mundo!

PACHITO. – ¿Y qué dicen?

PLACIDA. – Pues... Que tú y yo...

PACHITO. – ¡Con razón! (*Ríe*).

PLACIDA. – Sí. Da risa... Pero comprenderás que para mí es muy desagradable.

PACHITO. – Desagradabilísimo. Y la culpa es mía. ¡Qué bruto! Pensé que todo el mundo iba a clasificarme entre los miembros de tu familia.

PLACIDA. – Primero inventaron que eras mi novio, que íbamos a casarnos.

PACHITO. – ¡Primera noticia...!

PLACIDA. – Después, viendo que no nos casábamos, empezaron a juzgarnos mal, y a darme bromas de mal gusto.

PACHITO. – ¿A darte bromas? Menos mal. Eso es índice de tolerancia.

PLACIDA. – ¿Y crees que eso me tranquiliza?

PACHITO. – Bien sé que no. Conozco tu criterio y tu esclavitud al qué dirán... El que se tranquiliza soy yo.

PLACIDA. – ¡Claro! ¡Como tú nada pierdes!

PACHITO. – ¿Que nada pierdo? ¿Te parece poco que se me cierren las puertas de esta casa, que consideraba tan mía?... Pero temí que se tratara de algo peor: desconfianza en tu yerno. Lo he notado rarísimo también.

PLACIDA. – Pero no por Amanda. El ha oído también el rumor; y como es natural, le fastidias, y hasta piensa que lo perjudica políticamente... Ya me lo dijo.

PACHITO. – Aja... resulté hasta impolítico...

PLACIDA. – Comprenderás que, siendo él el jefe de la casa, es mejor evitar disgustos... Cualquier detalle, por insignificante que sea, prende una candelada; porque aquí la paz se acabó.

PACHITO. – Comprendo, mi querida Plácida. ¿Qué vamos a hacer, si la suerte así lo dispone?... Quedan dos caminos: o que no te vuelva yo a ver, o que adquiera la obligación de verte todos los días, casándome contigo.

PLACIDA. – Dirían que era cierto lo de nuestro enredo, y que te casabas por echarle tierra al asunto.

PACHITO. – Quizá... Y como en ti podría, más que el cariño, el respeto a la historia...

PLACIDA. – ¿Para qué hablar tonterías?

PACHITO. – ¡Claro! ¡Qué tontería! Tú, la viuda de un estadista, casada ahora con Pachito, dándole para los cigarrillos cuando le quiten el puesto público...

Seguirían hablando mal de ti; y a mí no me dejarían cuero, asegurando que no se trataba de un matrimonio propiamente dicho, sino de una jubilación. Como ese vínculo no nos cuadra, sólo queda el otro remedio. Mi querida Plácida: ¡hasta el Valle de Josafat!

PLACIDA. – Ahora te vas al otro extremo... ¡No te estoy echando!... Bastaría un poco de prudencia.

PACHITO. – ¿Te haría yo alguna falta?

PLACIDA. – Muchísima... Más de la que supones.

PACHITO. – ¿Por qué?

PLACIDA. – Porque... al fin y al cabo...no tengo más amigo que tú,... ni nadie me inspira tanta confianza.

PACHITO. – ¿Nada más?

PLACIDA. – Y luego, que me ayudas tanto en todos mis problemas. ..

PACHITO. – (**Algo herido**). Eso es lo más importante...

PLACIDA. – (**Controlándose**). ¡Siempre me aconsejas tan bien respecto a ese horrible problema de Amanda y Adrián!

PACHITO. – ¿Siguen las hostilidades?

PLACIDA. – No están hechos el uno para el otro, sino el uno contra el otro.

PACHITO. – Auténtico.

PLACIDA. – Vivo con el remordimiento de no haberme opuesto al matrimonio...Y hasta de haber presionado a esa criatura cuando quiso arrepentirse.

PACHITO. – A ese particular estás absuelta. Con cualquier otro marido hubiera sido lo mismo.

PLACIDA. – ¡Dame algún consejo para cambiarle el carácter a esa niña!

PACHITO. – Me pides demasiado... Ese es un defecto de fábrica.

PLACIDA. – Nunca fui yo así.

PACHITO. – En cambio el papá vivía envenenado por los insultos de sus enemigos. A la chica le tocó esa herencia biliosa.

PLACIDA. – Es decir: que no hay remedio.

PACHITO. – Tal vez el tiempo, que todo lo resuelve. Mi consejo es que pongas todo en manos del tiempo.

(Entra AMANDA).

AMANDA. – Buenas noches, mamá... ¡Hola, Pachito!

PLACIDA. – Ya estaba yo temblando de que llegara Adrián y no te encontrara en la casa .

AMANDA. – (**Con mohín de despreocupación**). ¡Eh!...

PLACIDA. – ¿Dónde estaba??

AMANDA. – En un bridge.

PLACIDA. – No haces otra cosa.

AMANDA. – Eso al menos me distrae.

PLACIDA. – Voy a ordenar que te sirvan. Yo ya comí, (**A PACHITO**). Me adelanto siempre, para que no me interrumpan la digestión.

PACHITO. – Despidámonos entonces.

PLACIDA. – (**Con, fuerte apretón de manos**). No dejes de volver.

PACHITO. – Algún día... El golpe avisa.

(Sale PLACIDA).

AMANDA. – No te vayas todavía. Acompáñame a comer.

PACHITO. – Tengo una cita urgente.

AMANDA. – ¡Mentiroso!... ¿Con quién?

PACHITO. – Con el destino.

AMANDA. – ¿Destino amoroso? ¿Al fin?

PACHITO. – (**Amargamente**). Talvez...

AMANDA. – Que te espere un poco. Necesito hablar contigo... Quiero pedirte un consejo, Pachito .

PACHITO. – ¿También tú?

AMANDA. – Te acompañó... ¿Quieres? Me gustaría comer en la calle.

PACHITO. – No, hija. Están canceladas todas las invitaciones. Te doy el consejo, pero a domicilio. ¿De Qué se trata?

AMANDA. – Dime, Pachito: ¿qué opinarías si yo me separo de Adrián?

PACHITO. – Opinaría que se ha acabado en Bogotá otro matrimonio.

AMANDA. – ¡No resisto ya más a ese hombre!

PACHITO. – ¿Con sólo un año de prueba? ¡Tienes poca resistencia!

AMANDA. – No sabes hasta dónde llegan su vulgaridad y su tacañería. No sólo he dejado de quererlo, sino que me fastidia, me repugna. Cuando pienso que he de pasar toda la vida junto a él, soportándolo, me parece que me traga un abismo.

PACHITO. – Ahí va, pues mi consejo: ¡Aguanta!

AMANDA. – ¿Hasta cuándo?

PACHITO. – Hasta que San Juan agache el dedo... Te hablo en serio. . Tranquilízate, que estás apenas empezando, y todo principio es duro.

AMANDA. – Cada día que pasa es peor.

PACHITO. – Cuando venga el primogénito, verás la vida de otra manera; y aunque pierdas la línea escultural, te será menos difícil seguir la línea recta.

AMANDA. – ¿Yo tener hijos de ese hombre? ¡Dios no lo quiera!

PACHITO. – Pues de otro no te quedaría bien.

AMANDA. – ¡Si supieras hasta dónde ha llegado!

PACHITO. – ¡Te pegó!

AMANDA. – ¡Le tuve que pegar yo!

PACHITO. – ¡Y te quejas!

AMANDA. – Se atrevió a decirme que mamá y tú... ya supondrás.

PACHITO. – ¡Apruebo tu embestida! ¡Adhiero a ese acto de violencia!

AMANDA. – No me pude contener y... ya verás cómo lo volví.

PACHITO. – Noté, sí... Me dijo que había sido afeitándose.

AMANDA. – Sí. (**Mostrando las uñas**). Con cuchilla Revlon...

PACHITO. – Pues, por lo que a mí toca, puedes notificarle que no le pisaré más su casa.

AMANDA. – ¿Acaso la tiene? El que no debiera volver aquí es él.

PACHITO. – Quedarías en situación muy desairada. Eso de separarse en frío, provocando murmuraciones, resulta más incómodo que guardar apariencias.

AMANDA. – ¿Toda la vida aparentando? ¡Espantoso!

PACHITO. – Al menos mientras se tiene la absoluta seguridad de que es posible pasar a mejor vida, en este mundo o en el otro.

AMANDA. – No creas tampoco que, si él se va, me quedaré con los brazos cruzados. ¡No faltaba más!

PACHITO. – Entonces, ¿ya hay otra víctima en perspectiva?

AMANDA. – Pachito: yo estoy enamorada.

PACHITO. – ¿Vas a proponerme otra barbaridad?

AMANDA. – ¡Tranquilízate! No se trata de ti.

PACHITO. – Menos mal.

AMANDA. – Cuando hubieras podido salvarme de esta horrible equivocación, no quisiste hacerlo.

PACHITO. – A Dios gracias. Hoy sería yo el indeseable.

AMANDA. – Por fortuna, nunca es tarde.

PACHITO. – ¿Y quién es él?

AMANDA. – He encontrado un hombre tal como lo imaginaba... Todo lo contrario de Adrián: dulce, complaciente, discreto, comprensivo, todo un caballero.

PACHITO. – Dulce, complaciente, discreto, comprensivo, todo un caballero... ¿Y eso es nacido aquí?

AMANDA. – S i.

PACHITO. – ¿Y... soltero?

AMANDA. – Casado... Pero no me importa.

PACHITO. – De fijo. mal casado... como tú... ¡Pobrecito!

AMANDA. – Con una mujer vulgar, que no lo comprende, que lo pone en ridículo,

PACHITO. – Se me ocurre una idea.

AMANDA. – ¿Cuál?

PACHITO. – Que si Adrián no conoce a fondo a esa vampiresa, se podría intentar un canje, mano a mano... un mercado común...

AMANDA. – Aunque te burles. El y yo estamos resueltos a jugarnos el todo por el todo.

PACHITO. – ¡Cuidado! No es lo mismo delinquir de refilón que embestir de frente.

AMANDA. – Como nos vamos de aquí...

PACHITO. – ¡Ah, sí!... ¿Para dónde?

AMANDA. – Para Miami. Mañana mismo. Ya están comprados los pasajes.

PACHITO. – ¡Upa! ¡Entonces lo que debieras pedirme no es un consejo, sino un paz y salvo! Y como bendición de gallinazo no llega al espinazo, te dejo con tus buenos propósitos... ¡Y hasta con tu cruz, porque ahí está Adrián...

(*Entra ADRIÁN*).

ADRIÁN. – ¿Qué hay, Pachito?

PACHITO. – (*Frío*). Pues... Nada.

ADRIÁN. – (*A AMANDA, muy seco*). ¿Qué hay?

AMANDA. – (*Yerta*). ¡Qué hay!...

ADRIÁN. – (*Cordial*). ¡El gran Pachito! ¡Me encanta encontrarte!

PACHITO. – Nada tendría de raro...

AMANDA. – ¡Hipócrita!

ADRIÁN. – (*Áspero*). ¿Qué?

AMANDA. – Por detrás de él dices otra cosa.

ADRIÁN. – ¿Quieres callarte?

AMANDA. – Para el deseo que tengo de hablar contigo...

**(Sale AMANDA precipitadamente).**

ADRIAN. –¡Y esto es de todos los días! ¡De todas las horas!  
¡Una vida inaguantable!

PACHITO. – Hoy la culpa es tuya.

ADRIAN. – ¿Mía?... ¿Por qué?

PACHITO. – ¿Qué es lo que andas diciendo por detrás de mi. ¿Por qué no me hablas cara a cara, de hombre a hombre.

ADRIÁN. – Ya estás creyendo en las tonterías de Amanda.

PACHITO. – Nada de tonterías. Sé con qué marca de cuchilla te afeitaste ayer.

ADRIÁN. – Hizo ella muy mal en írtelo a contar,

PACHITO. – Hizo muy bien,

ADRIÁN. – Bueno: son cosas que en un momento de rabia, en que no tenía yo nada más con qué fastidiarla...

PACHITO. – La rabia no justifica un falso testimonio. Y te equivocas, mi querido Adrián. Yo entro a esta casa como a un santuario, ¿me entiendes?

ADRIÁN. – Lo sé, lo sé...

PACHITO. – Lo has puesto en duda, y eso es infame. Te lo digo despidiéndome para siempre de ti y de los tuyos.

ADRIÁN. – No hagas caso a los chismes de esa loca. ¡Sí nada grave le dije, tampoco! ¡Ganas de exagerar!...Ni me importa lo que pudiera haber entre mi suegra y tú...No seas quisquilloso... Ven acá, nos tomamos un trago.

PACHITO. – Te he dicho que me voy.

ADRIÁN. – No te lo ofrezco por cordialidad, sino por interés... Ven acá... Ten un poco de abnegación... Necesito un consejo.

PACHITO. – ¿Otro?

ADRIÁN. – Admitamos que sea el último.

PACHITO. – Comprendo. Equivoqué mi profesión, y por eso me calumnian. ¡He debido ordenarme!

ADRIÁN. – No sé qué hacer. No resisto más el carácter de Amanda.

PACHITO. – ¿Y quieres un remedio para esa dificultad?

ADRIÁN. – Ojala me lo dieras.

PACHITO. – Hay dos. El divorcio, que aquí está prohibido; y los bromuros, que te los venden en cualquier droguería.

ADRIÁN. – Hay momentos en que de buena gana me inclinaría a una tercera solución: levantarme la tapa de los sesos.

PACHITO. – Demasiado radical... demasiado violento para un político del frente nacional...

ADRIÁN. – No me explico cómo de una mujer tan equilibrada, tan noble, tan distinguida, ha salido esa fiera

PACHITO. – Yo sí me lo explico. El papá era un gran polemista... como tú.

ADRIÁN. – ¡Quién lo hubiera sospechado a tiempo!

PACHITO. – Sí. Por desgracia ya es tarde para remediar el mal. Al preverlo, te habrías casado con la viuda, en vez de levantarle ahora falsos testimonios.

ADRIÁN. – (*Riendo*). Al fin y al cabo, tú disipas las nubes negras con tus ocurrencias.

PACHITO. – Sí. Veo que de todos modos hice bien en no ordenarme. No sé tomar la vida en serio. Mis sermones, en vez de convertir a la gente, la habrán vuelto sarcástica.

ADRIÁN. – Ayúdame siquiera a templar un poco los nervios de Amanda.

PACHITO. – Esos los templa el uso. Las discordias conyugales aburren a la larga, como todo. Entonces, la paz se impone.

ADRIÁN. – No es sólo el mal genio lo que me preocupa. Mira: esto es lo que encuentro aquí todos los días, para completar: quinientos pesos de un vestido, doscientos de un sombrero, mil quinientos de un abrigo de pieles, quinientos pesos de whisky...j de sólo whisky!... ¡Todo contra los honorarios y viáticos de congresista; porque la oficina no da para nada. Y si digo algo, hay las del demonio. ¿Qué harías en mi caso?

PACHITO. – Pues lo que yo he hecho en tu caso es no casarme; y lo que haré, no casarme. Esa receta ya no te sirve.

(**Entra AMANDA**).

AMANDA. – (*Tirándole a ADRIAN un papel a la cara*). Ahí está esa cuenta.

ADRIÁN. – ¿Otra? ... ¡Delicioso!

AMANDA. – Es la del gas. Si quieras tampoco volvemos a pedir gas. Lo comemos todo crudo.

ADRIÁN. – (*Dominándose*). muy buena idea... ¿Me tendrán listo el frac?

AMANDA. – ¡El frac... No quiere que se compre gas y...

PACHITO. – ¿Estás de banquete?

AMANDA. – Todas las noches... Para eso sí le sobran recursos...

ADRIÁN. – ¿Quieres dejarnos solos, por favor?

AMANDA. – Y así es siempre, Pachito. Furioso porque se compra gas, porque se compra leche, porque cobran el pan, y con los demás, todo lo contrario.

PACHITO. – Exageras, exageras...

AMANDA. – En visita es un ángel. Pero hay que vivir con él para conocerlo a fondo,

ADRIÁN. – Deja ya el menú y la psicología. He preguntado si me tendrán listo el frac.

AMANDA. – Pregúntales a las sirvientas.

ADRIAN. – Se lo pregunto a la señora, que es quien debe entenderse con las sirvientas.

AMANDA. – La señora ha estado todo el día fuera; de suerte que ignora lo que hayan hecho las sirvientas.

ADRIÁN. – Pues antes de irse a pasear, debería cumplir con su deber.

AMANDA. – Cuando el marido cumple con el suyo.

PACHITO. – Como polémica, esto es perfecto, de parte y parte... Yo votaría en blanco.

ADRIÁN. – ¡Basta de altanerías!

AMANDA. – ¡Eso digo yo!

ADRIÁN. – ¡No tolero más!

AMANDA. – ¡Ni yo tampoco!

(**Entra PLACIDA**).

PLACIDA. – ¡Jesús! Ustedes son como los alambres eléctricos. No se pueden juntar, porque echan chispas.

AMANDA. – Pero figúrate que...

PLACIDA. – Me lo figuro, sí; me lo figuro.

ADRIÁN. – No es difícil figurárselo.

PACHITO. – No. Es un debate de rutina.

AMANDA. – ¡Es una desgracia!

ADRIÁN. – ¡Es un infierno!

AMANDA. – Por fortuna, se puede salir de él.

PLACIDA. – ¡Callen! ¡Llegó visita... No griten, al menos. ¿Qué sucede?

AMANDA. – Quiere que le pongan todo en la mano.

ADRIÁN. – Le pregunto si está listo el frac y...

PLACIDA. – ¡Sh!... Venga acá, hijo... El problema es fácil de resolver. No vale la pena armar tanto alboroto por tan poca cosa.

(*Salen por un lado PLACIDA y ADRIÁN, Entran por el otro MELBA y DOROTEO*).

MELBA. – ¿Caemos mal?

DOROTEO. – Buenas noches... Buenas noches...

AMANDA. – ¡Siquiera llegaste!

MELBA. – ¡Hola, Pachito... (**Incisiva**). ¿Qué milagro verlo por aquí?

PACHITO. – (**Mordaz**). Milagroso, que me he vuelto.

DOROTEO. – (**Malicioso**). Eso dicen; eso dicen... (**Ríe**).

MELBA. – ¿Estas lista?

AMANDA. – Todavía no. Tengo que cambiarme.

MELBA. – El programa para esta noche es una fantasía .

AMANDA. – ¡Siquiera! Porque aquí me asfixio.

MELBA. – Te lo cuento en tu cuarto; porque... no es para señores...

(**Salen MELBA Y AMANDA**).

DOROTEO. – ¿Y cómo va eso?... ¿Cómo va eso?

PACHITO. – Pues... ahí va... ahí va...

DOROTEO. – ¿Qué hay de nuevo?

PACHITO. – Pues... La misma barca atravesando el río.

DOROTEO. – Se ve... Se ve...

PACHITO. – Tienes ojos de lince.

DOROTEO. – ¿Y no vienes?... ¿No vienes con nosotros?

PACHITO. – No tengo ganas de trasnochar.

DOROTEO. – Eres flojo. Yo viajo mañana y sin embargo voy a trasnochar... Voy a trasnochar.

PACHITO. – ¿Viajas?... ¿A dónde?

DOROTEO. – A Miami

PACHITO. – (**Malicioso**). ¡Interesantísimo!... ¿Y a qué, si se puede saber?

DOROTEO. – Negocios...Negocios... (Ríe).

PACHITO. – ¿A establecerte allá?

DOROTEO. – No. Cuestión de unos días. Unos pocos días.

PACHITO. – ¿Y ese negocio?

DOROTEO. – Pues... je, je...

PACHITO. – ¿Faldas de por medio?

DOROTEO. – Algo de eso... Algo de eso...

PACHITO. – .Ya. No te vas solo.

DOROTEO. – Creo que no... Creo que no.

PACHITO. – Pues hombre: acabo de descubrir que quien tiene ojo de lince no eres tú, sino yo.

DOROTEO. – ¿Por qué?

PACHITO. – (**Mirándolo socarronamente**). Porque tú eres un hombre dulce...

DOROTEO. – ¡Ah, sí? ... ¡Ah, sí? ...

PACHITO. – Complaciente... discreto... comprensivo...

DOROTEO. – ¿Como sabes?... ¿Cómo sabes?

PACHITO. – Quiromántico que me he vuelto, a fuerza de darle consejos a todo el mundo.

DOROTEO. – ¿Quiromántico? ¿Quiromántico? ...

PACHITO. – ¿Tú crees en eso?

DOROTEO. – Yo sí, yo sí... ¿Lées las líneas de la mano?

PACHITO. – Muchísimo... Muestra... A más de todo lo anterior, eres también todo un caballero...

DOROTEO. – (**Riendo**). Bromeas... bromeas...

PACHITO. – ¿Pero sabes que leo mucho mejor las líneas aéreas? ¿Tienes ahí el pasaje?

DOROTEO. – Aquí está... Aquí está.

PACHITO. – Muéstramelo.

DOROTEO. – ¿Para qué?... ¿Para qué?

PACHITO. – (**Examinándolo**). ¡Aja!... ¡Admirable... ¡ Lo que imaginé!...

DOROTEO. – ¿Un viaje sin contratiempos?

PACHITO. – Más feliz de lo que supones... Ahora verás... ¡Melba! ¡Melba!  
(**Entran MELBA Y AMANDA**).

MELBA. – Entonces, mientras te acabas de arreglar, vamos a reacoger a Lalo, que es simpatiquísimo, y estás lista cuando te timbremos,

DOROTEO. – Dámelo acá... Dámelo...

PACHITO. – Te felicito, Melba.

MELBA. – ¿Por qué?

PACHITO. – Por el viaje a Miami...

DOROTEO. – Dame acá... Dame acá...

MELBA. – Es mi marido. Pidió sus vacaciones matrimoniales.

PACHITO. – ¡Son ambos!

AMANDA. – ¿Qué?

PACHITO. – El nada te había dicho, para sorprenderte; pero aquí están los pasajes... Mira: ¡Doroteo Santoria y señora! ¡Más claro no canta un gallo!

MELBA. – Ay, tan divino! ¡No me había dicho nada! ¡Qué sorpresa! Venga acá, le doy un beso delante de todo el mundo... Era mi sueño dorado: volar a Miami... bailar allá una noche, a la orilla del mar.

PACHITO. – Pues ya está: ¡A bailar a Miami!

MELBA. – ¡Qué felicidad! Entonces, hasta dentro de un momento, Amanda. Ya no podremos trasnochar mucho, porque no he alistado nada, nada, nada...

DOROTEO. – Así es... Así es...

MELBA-- Tan perfecto. ¡No me ha podido dar una sorpresa más agradable!

(**Salen DOROTEO y MELBA**).

PACHITO. – ¿Y esa cara de furia?

AMANDA. – ¿Qué te importa?

PACHITO. – Entendido. ¡Con que ese era el tal... Caballero!

AMANDA. – ¿Y tú por qué te entrometes?

PACHITO. – ¿No me pediste un consejo? ¡He dado tres! Esos tortolitos bailarán en Miami hasta que les duelan los callos; pero tú te quedas en casa.

AMANDA. – Lo que es con ella, no se va, no se va y no se va.

PACHITO. – Y lo que es contigo, muchísimo menos.

AMANDA.. – ¿Por qué te entrometes así en mis cosas?... ¡Lo has hecho de gracioso, nada más!

PACHITO. – Son mis primeras armas en la moral doméstica. Y para comenzar, no está mal.

AMANDA. – ¡Es un abuso!

PACHITO. – ¡Abuso de confianza!... Sígueme un juicio criminal (**Ríe**).

AMANDA. – ¡No te rías!

PACHITO. – (**Serio**). Está bien... (**Inicia mutis**).

(**Entra ADRIAN de frac**).

ADRIAN. – ¿Te vas ya, Pachito?

PACHITO. – Indefectiblemente.

ADRIÁN. – Aguárdame y salimos juntos... Me acompañas hasta el club.

PACHITO. – No... No sirvo más de consejero ni de parachoques. Me marcho solo... y sálvese quien pueda...

(**Sale PACHITO**).

ADRIAN. – Amanda.

AMANDA. – ¿Qué?

ADRIÁN. – ¿Se te puede hablar?

AMANDA. – ¿Qué quieres?

ADRIÁN. – Que hablemos; pero en calma.

AMANDA. – ¿No eres tú el que arma siempre pelea?

ADRIÁN. – ¿No fuiste tú quien empezó ahora?

AMANDA. – Bueno, bueno... ¿Qué quieres?... Mira: mejor es que no hablemos... Sigue tu camino... Ve a divertirte.

ADRIÁN. – No voy a divertirme, sino cumplir un compromiso político.

AMANDA. – Para no discutir, es mejor que nos dediquemos por separado a atender nuestros compromisos... Yo salgo también.

ADRIÁN. – Si fuera solo a distraerme, tendría razón. Aquí la vida ya es insufrible.

AMANDA. – Sí, Está visto que no nos entendemos.

ADRIAN. – ¿No llegaremos a entendernos nunca?

AMANDA. – No. Por lo tanto, pongámosle fin al conflicto, de una vez por todas.

ADRIÁN. – Hagamos un último esfuerzo para ver si es posible convivir, si no en armonía, al menos en paz.

AMANDA. – No me interesa guardar apariencias en beneficio tuyo.

ADRIÁN. – Sería beneficio para ambos...Insisto en hablar cordialmente... Procuremos siquiera no insultarnos.

AMANDA. – ¿No eres tú el que me insultas a cada momento . . Ayer mismo, ¿por qué perdí el control?... ¿No te atreviste hasta a calumniar a mamá?

ADRIÁN. – No era calumnia, sino simple advertencia.

AMANDA. – Si en verdad fuieras moralista, habrías tenido un pasado más decente.

ADRIÁN. – Ya sé a dónde vas.

AMANDA. – No habrías vivido del trabajo de una tendera; no habrías abandonado a tus hijos.

ADRIÁN. – Doblemos esa página, ¿quieres? ¡Cambia el disco!

AMANDA. – (**Sardónica**). Vete con ella otra vez, para encontrar de nuevo la felicidad.

ADRIÁN. – Insisto en que hablemos con sensatez. Esta nerviosidad en que vivo es perjudicial para todos. No puedo consagrarme a mi trabajo. Mis entradas disminuyen mientras los gastos aumentan.

AMANDA. – Ya empiezas otra vez con los gastos. ¿No digo?...

ADRIÁN. – Hoy han llegado cuentas por más de cinco mil pesos!

AMANDA. – Eres tú quien no cambia el disco... Te repito: para evitar esos perjuicios, vuelve a tu antigua vida... Así no tendrías que dar nada, sino que recibir más bien...

ADRIÁN. – Habría una solución más sencilla: que en tus palabras tuvieras el refinamiento que corresponde a una señora.

AMANDA. – Hay otra más sencilla todavía; cortar por lo sano. Y como tú no te atreves a dejarme por miedo a perder influencias; como no viniste aquí a formar un hogar, sino a abrirte camino, a explotar el nombre de papá, te dejaré yo. ¿Lo oyes? ¡Te dejaré yo!

(**Entra PLACIDA**).

PLACIDA. – ¿Qué pasa?... ¿Continúa la discusión?

AMANDA. – ¡Va a cerrarse!

ADRIAN. – (Energúmeno). ¡Queda cerrada!

PLACIDA. – Pero, ¿qué pasa ahora?

ADRIAN. – Lo que pasa, señora, es que... (**Estallando**). ¡Ahí le queda su hija!

PLACIDA. – Pero óigame, Adrián...

AMANDA. – Déjalo. No quiero verlo más.

(**Sale ADRIÁN**).

PLACIDA. – ¡Pero Amanda! ¿Cuándo vas a tener sentido común?

AMANDA. – Eso es lo que me ha hecho falta hasta hoy: sentido común.

PLACIDA. – No hay día en que no busques a todo trance la manera de desesperar a ese pobre hombre.

AMANDA. – -Me cansé de aguantarme, y ahora me toca a mí.

PLACIDA. – Vengándote de esa manera no haces sino empeorar la situación y matarme de angustia.

AMANDA. – Hoy será el último día; porque me voy.

(**Suena el TIMBRE**).

PLACIDA. – Sí,, ya sé que te vas... Para Miami, no?

AMANDA. – ¡Te lo dijo Pachito!

PLACIDA. – Sí. Afortunadamente.

AMANDA. – ¿Y quién lo mete? ¡Que no vuelva a poner ese hombre los pies aquí!

PLACIDA. – Quien no los vuelve a poner es esa parejita modernista que acaba de salir,

AMANDA. – -No sólo a Miami puedo irme cuando se me antoje. Ni necesito esperarme a mañana. Me voy de aquí esta misma noche.

PLACIDA. – Tú no sales de aquí esta noche.

AMANDA. – ¿Qué no salgo? ¡Voy a demostrar que sí!

PLACIDA. – Si es necesario, te demuestro que no. (**A una sirvienta invisible**). Si alguien viene, di que salimos, que no hay nadie en casa.

AMANDA. – ¿Por qué has de entrometerte siempre así en mi vida?... ¿Para eso me la diste? ¿Para obligarme a hacer tu capricho?

PLACIDA. – ¡Desagradecida! ¿Qué he hecho, sino sacrificarme por ti?

AMANDA. – ¡Lindo sacrificio! ¡Hacerme casar con un hombre que yo no quería!

PLACIDA. – ¿Te lo metí acaso por los ojos?... Lo escogiste a tu gusto... Lo único que hice fue impedirte, con razones, que cambiara de idea, como de costumbre, a última hora... Además, no es un hombre malo. Y sabiéndolo llevar, es un buen marido.

AMANDA. – No vivo más con él. Lo odio. Lo desprecio. No soporto ya ni su presencia.

PLACIDA. – ¡Tendrás que soportarla!

AMANDA. – Hazlas así, porque nunca has sentido esta desesperación.

PLACIDA. – La he sentido tanto, que me familiaricé con ella.

AMANDA. – Porque no has querido nunca.

PLACIDA. – Júzgame como quieras.

AMANDA. – Además, no eres tú la llamada a prohibirme que tenga un amante.

PLACIDA. – (**Altiva**). ¿Por qué?

AMANDA. – Porque si alguien está provocando murmuraciones aquí, eres tú.

PLACIDA. – cállate! ¡No admito que me ofendas de esa manera! ¿Qué pretendes con tanta bajeza? ¿Que te deje fugar con el primero que te lo propones?

AMANDA. – Sé muy bien lo que hago.

PLACIDA. – No lo sabes. Ni eres tú quien viene a enseñarme el modo de querer y de sacrificarse... Oye la verdad: si yo hubiera querido tener un amante, lo habría

tenido... Aun más: me lo habrían tolerado. Y no ahora, sino en vida de tu padre... Todavía más: ese hombre a quien te refieres; ese hombre que no nos ha traído sino sana amistad, y que a pesar de todo he echado de aquí por amor y respeto a mi hija... ¡Es el único que he querido!... A mí sí es cierto que me casaron contra mi voluntad. No conocí sino la frialdad, la mentira y la pequeñez moral de un anciano ilustre que, a pesar de todo, ¡fue tu padre! En ese sentido puedes levantar la frente con orgullo.. .

AMANDA. –¿Crees que una juventud como la mía solo pide orgullo?

PLACIDA. – Fíjate: ¡Aún no estoy vieja! Sé que él me quiere, y que me bastaría una palabra para retenerlo. " como marido, o como amante!. Sin embargo, lo dejé por ti...Vete, pues... mientras tu madre, por amor a ti, se rompe el corazón... No podría ya encerrarte a la fuerza, como cuando tenías cinco años y me levantabas la mano... (*Llora*).

AMANDA. – Mamá... No quise ofenderte.

PLACIDA. – Todos dirán: ¡Claro! ¡El mal ejemplo de la madre!... La mía sabe que no es así...

AMANDA. – (*Sobre el canto de Plácida*). ¡Soy muy desgraciada, mamá!

PLACIDA. – (*Acariciándole la cabeza*). Es posible... Llora, llora cuanto quieras, que eso te calma... Mañana te convencerás de que ese no era le camino para huir del dolor. ..

## TELÓN

## ACTO TERCERO

*Reservado, en un cabaret de lujo. Es de noche. DORA, en traje de noche, hace cuentas. CELESTIN, criado de librea, la observa esperando órdenes. Del interior viene el bullicio de una orquesta modernista.*

DORA. – ¿Las entradas de anoche pasaron entonces de los nueve mil pesos?

CELESTIN. – En ventas de contado.

DORA. – Aquí en Bogotá, de vales no hablemos. Siempre son a fondo perdido, sobretodo si se trata de amigos íntimos o de personas influyentes.

CELESTIN. – ¿Se ofrece algo más?

DORA. – ¿Cuántas muchachas hay trabajando esta noche?

CELESTIN. – No las he contado; pero faltan pocas... A propósito: ahí está la chica de quien le hable.

DORA. – ¿Es novata?

CELESTIN. – No ha trabajado todavía en cabarets; pero...

DORA. – Tampoco conviene que sea muy conocida.

CELESTIN. – No, llegó hace poco a Bogotá, Y tiene su marido.

DORA. – ¡Ah bien!... (**Maliciosa**). ¿Y él autoriza?

CELESTIN. – Pelearon hace poco.

DORA. – Malo. Mañana se contentan, y ella no vuelve.

CELESTIN. – Dice ella que le da muy mal trato, y que ella tiene que ganarse la vida...

DORA. – ¿Sabrá bailar?

CELESTIN. – Creo que sí.

DORA. – Y de ropa, ¿cómo anda?

CELESTIN. – No tiene vestido de baile; pero usted puede prestárselo mientras ella consigue.

DORA. – Tráela para acá, pues...

CELESTIN. – Angelita... Angelita... Te llama doña Dora...

(Sale CELESTIN y entra ANGELITA un poco cohibida).

ANGELITA. – Buenas noches, señora. , . (**Mira a DORA y lagrimea**).

DORA. – ¿Qué te pasa, criatura?

ANGELITA. – Soy tan boba...

DORA. – Ya me contaron: que andabas de pleito.

ANGELITA. – Si usted supiera todo lo que ese hombre ha querido hacer de mí...

DORA. – Me lo imagino.

ANGELITA. – Tiene otra mujer.

DORA. – No es raro.

ANGELITA. – Cuando fui a reclamarle, me contestó que hiciera yo lo mismo y lo dejara en paz... (*Llora más*).

DORA. – (**Sonriente**). Hay que ponerle cara dura a la adversidad.

ANGELITA. – Pero yo, señora, no quisiera...

DORA. – -¿Qué?

ANGELITA. – No sé cómo decírselo.

DORA. – ¿No te inspiro confianza?

ANGELITA. – Es que... Tengo un hijo.

DORA. – Y yo cuatro.

ANGELITA. – No quisiera que mañana mi muchachito se avergonzara de mí,

DORA. – No sé hasta qué punto, Angelita, tengamos nosotras derecho a tales refinamientos. Para evitar esa clase de vergüenzas, hay que haber nacido en ambientes distintos, donde se tolera con disimulo todo lo que a nosotras nos echan en cara.

ANGELITA. – ¿Y qué debo hacer aquí, señora?

DORA. – Es muy sencillo. No te asustes. Aquí puedes ser tan honrada como en un convento.

ANGELITA. – ¿No es broma?

DORA. – Sólo que en el claustro hay recogimiento, y aquí es todo lo contrario: Se finge alegría, ligereza...

ANGELITA. – ¿Seré capaz?

DORA. – Ante todo, sécate esas lágrimas, (**Se las seca**).

ANGELITA. – Gracias, señora.

DORA. – Tienes una sonrisa agradable, y eres hasta bonita... Te falta un poco de rojo en los labios... Ven acá... (**La maquilla**). Mañana te enseño a maquillarte... Ahora entras a ese cuarto y te pones un vestido que está sobre el diván.

ANGELITA. – ¡Ay, gracias!

DORA. – ¡Es prestado!... ¡Lo cuidas!... Mientras ganas con qué comprarlo.

ANGELITA. – Sí señora.

DORA. – Lo demás es sencillísimo. Extremar la amabilidad para fomentar el consumo.

ANGELITA. – (*Alarmada*). ¿Hay que tomar todas las noches?

DORA. – Sí, agua azucarada. Podrás tomar cien copas sin perder el juicio. Mientras más, mejor. Y por cada una de las que te ofrezcan los clientes, te ganarás un peso. ¿Te parece malo el negocio?... Aquí hay muchachas que sacan hasta cien pesos en una noche.

ANGELITA. – ¿Tanto así?

DORA. – Depende de tu habilidad.

ANGELITA. – ¿Y si se empeñan en... En algo más?

DORA. – En sentido contrario te advierto que, en asuntos amorosos, hay que ser muy discreta. Lo exige así el buen nombre del establecimiento; porque aquí vienen también familias, y gente muy distinguida. En cuanto te descares o vulgarices, pierdes el puesto.

ANGELITA. – ¡Ni Dios lo quiera!

(*Entra ADRIAN de frac*).

ADRIÁN. – ¡Hola, Dora!

DORA. – ¡Hola, Adrián!

ADRIÁN. – (*Evaluando a ANGELITA*). ¿Es nueva?

DORA. – Va a comenzar.

ADRIÁN. – (*Festivo*). Por mi parte, le pediría la primera pieza.

ANGELITA. – (*Tímida*). Dios se lo pague.

DORA. – Ve a vestirte, pues. ..

(*Sale ANGELITA*).

ADRIÁN. – ¡Muy nena!

DORA. – A tu gusto. Veo que es eso lo que ahora te llama la atención.

ADRIÁN. – Hoy más que nunca necesito distraerme.

DORA. – ¿Sigue el conflicto doméstico?

ADRIÁN. – Y para colmo tengo una suegra fatal.

DORA. – ¿Te mortifica también?

ADRIÁN. – A su modo. Mi matrimonio se rompe todas las noches, y ella vuela a componerlo al día siguiente como quien remalla medias.

DORA. – ¿Hoy se volvió a romper?

ADRIÁN. – Creo que definitivamente.

DORA. – ¿Por qué?

ADRIÁN. – Tuve que pegarle.

DORA. – (*Regocijada*). Entonces es mañana cuando empieza la verdadera luna de miel.

ADRIÁN. – ¡Ah, si no tuviera yo este ambiente para aturdirme! ¡Bendito sea tu viaje a Panamá! ¡Trajiste de allá un bálsamo!

DORA. – Y estás abusando de él.

ADRIÁN. – No me controles. Así me olvido por unas horas de la mujer y de los acreedores.

DORA. – Por acreedores no te preocupes.

ADRIÁN. – ¿Qué no me preocupe? Hoy llegó otra montaña de facturas. No lo hace ella por simple despilfarro, sino por saña.

DORA. – Afronta la situación...

ADRIÁN. – ¿Con mi sueldo de parlamentario? ¿Y en mi estado de ánimo, que no me permite emprender en nada?... No va a quedarme sino un camino.

DORA. – ¿Cuál, querido?

ADRIÁN. – Lo que te conté ayer,

DORA. – ¿Lo de los petróleos?

ADRIÁN. – Sí. Me ofrecen un porcentaje muy halagüeño si defiendo ese contrato en las cámaras y lo hago aprobar.

DORA. – Es mejor que no.

ADRIÁN. – No veo más defensa. Económicamente, se acabarían todos mis problemas.

DORA. – Pero mañana los enemigos te echarían en cara que estás vendiendo al país. Podrían truncar así tu carrera.

ADRIÁN. – ¿Qué hago entonces?

DORA. – ¿No me tienes a mí, como siempre?

ADRIÁN. – ¡Pero si te debo ya una fortuna!

DORA. – Cuando tengas influencia me desquito.

ADRIÁN. – Piensa que alguien llegara a saberlo, ¿no quedaría yo en peores condiciones que si me enredo con firmas extranjeras?

DORA. – No; porque lo mío es industria nacional.

ADRIÁN. – (*Divertido*). Está buena la ocurrencia.

DORA. – ¿Cuál es hoy el roto? Dímelo, para que vayas a bailar tranquilo.

ADRIÁN. – No puedo aceptarte nada más.

DORA. – Déjate de tonterías... ¿Cuánto, Adrián? ...¿Cuánto? ...No me asusta la cifra, con tal de que estés tranquilo.

ADRIAN. – Te digo que no.

DORA. – Toma un cheque en blanco...Gira sin miedo, que el gerente me conoce y es muy de la casa, (**le pone el cheque en el bolsillo**).

(**Entra CELESTIN**).

CELESTIN. – Señora...

DORA. – ¿Qué ocurre?

CELESTIN. – Ya no queda más reservado que este, y acaba de llegar un señor que había telefoneado...

DORA. – Hágalo seguir aquí.

(**Sale CELESTIN y entra ANGELITA en traje de noche**).

ANGELITA. – ¡Así estoy bien?

DORA. – ¡ Primorosa!

ADRIÁN. – ¡Estupenda!

DORA. – Ve a bailar con el señor, a ver cómo lo atiendes.

ANGELITA. – (*Remilgada*). Pero... es que... yo no sé bailar.

ADRIÁN. – (*Divertido, tomándola del brazo*). Te enseño. Es facilísimo.

ANGELITA. – Con su permiso, señora...

DORA. – Que se diviertan.

ANGELITA. – (*A ADRIÁN*). ¡Ay, pero qué sed la que está haciendo, no?

DORA. – (*Carcajeándose*). Así no, hija; así no. Con más discreción.

ADRIÁN. – ¿Quieres agua de azúcar?

ANGELITA. – (*Desconcertada, mirando a DORA*). ¡Uy, no!... Más bien un... un...

ADRIÁN. – Un whisky auténtico. Entendido, Vamos... Lo probaré para que no vayan a envenenarte con cualquiera otra cosa...

**Salen ADRIÁN Y ANGELITA de brazo, Entra CELESTIN seguido por AMANDA y DOROTEO.**

*DORA, al reconocer a AMANDA, se sorprende y sale procurando que no la vean.*

CELESTIN. – Aquí, señor.

DOROTEO. – Mil gracias, mil gracias.

CELESTIN. – ¿La carta?

DOROTEO. – Ante todo, algo húmedo. ¿No es cierto?... ¿No es cierto?

CELESTIN. – ¿Champaña?

DOROTEO. – Un coctelito... Dos coctelitos. ¿Te parece? ¿Te parece?

AMANDA. – Sí.

CELESTIN. – ¿Nada más?

DOROTEO. – Por ahora no. Por ahora no.

**(Sale CELESTIN).**

AMANDA. – Me he quedado fría.

DOROTEO. – ¿Por qué? ¿Por qué?

AMANDA. – ¿Sabes quién es la mujer que salió de aquí cuando llegábamos?

DOROTEO. – ¿Quién?

AMANDA. – La amante de Adrián...La que tuvo antes de casarse.

DOROTEO. – Recuerdo... Recuerdo...

AMANDA. – Vivía en Panamá. ¿Qué estará haciendo aquí?

DOROTEO. – Lo mismo que nosotros, quizá, Divirtiéndose.

AMANDA. – Quiero irme.

DOROTEO. – ¿Por qué? ¿Qué prisa corre?

AMANDA. – ¿Por qué no viajamos esta misma noche?... ¿Te da miedo manejar de noche?

DOROTEO. – Es fatigante... Madrugamos... Madrugamos .

AMANDA. – Acuérdate que el otro día, por una imprudencia, se nos dañó el viaje a Miami.

DOROTEO. – La culpa fue tuya...

AMANDA. – Fue tuya.

DOROTEO. – Tuya, tuya...

AMANDA. – No tengo ahora deseos de discutir. Quiero irme. El encuentro con esa mujer me ha destemplado los nervios, y quiero poner la mayor distancia posible entre ese hombre y yo.

DOROTEO. – La pondremos... La pondremos...

AMANDA. – Podría venir... Podría estar aquí...

DOROTEO. – Tomémonos entonces el cóctel, ya que lo pedimos... El coctelito nada más...

**(Entra CELESTIN).**

CELESTIN. – Señor...

DOROTEO. – Los cócteles. ¡Pronto!

AMANDA. – Sí. ¡Pronto!

CELESTIN. – ¿No es usted el dueño de un convertible azul con capota blanca?

DOROTEO. – Así es... así es... ¿Qué pasa?

CELESTIN. – Lo buscan,

DOROTEO. – ¿Quién?... ¿Quién?

CELESTIN. – La policía.

DOROTEO. – ¿La... la policía?... ¿Para qué?... ¿Por qué?

CELESTIN. – Que está usted mal parqueado.

DOROTEO. – Pero, ¿es que ya no se puede parquear en ninguna parte?

CELESTIN. – Si no le apura, le quitan las placas...

DOROTEO. – Voy... Voy. ...

AMANDA. – Te dije que era mejor no entrar aquí.

DOROTEO. – Ya vengo... Ya vengo...

(Sale DOROTEO seguido por CELESTIN). (Entra DORA).

DORA. – Señora...

AMANDA. – ¿Qué desea?

DORA—Perdóneme que la importune.

AMANDA. – Sería mejor que no me importunara.

DORA. – Señora: La espera un auto en la puerta.

AMANDA. – ¿A mí? ... Creo que usted se equivoca.

DORA. – No señora. Sé lo que le digo,

AMANDA. – Si es por la cuestión del auto mal parqueado...

DORA. – No, señora. No se trata del auto azul con capota blanca, sino de otro que pedí para que regrese usted a su casa, por favor.

AMANDA. – (**Desconcertada**). ¿Por qué?

DORA. – Evitemos comentarios. Le ruego que se dé prisa.

AMANDA. – ¿Qué ha pasado?

DORA. – Podría pasar algo gravísimo: que la gente pensara mal de usted.

AMANDA. – ¿Vino usted a insultarme?

DORA. – No señora. No me interprete mal. Vine a defenderla.

AMANDA. – (**Mordaz**). ¡Muy gentil!... Pero no es necesario.

DORA.. – Le hablaré más claro si quiere: se trata de su marido.

AMANDA. – ¿Está él aquí con usted?

DORA. – Está aquí; pero no conmigo. Ahora prefiere a las chicas de quince años.

AMANDA. – ¡Ah, sí! ¡Pues quiero entonces que me vea con un hombre de cuarenta.

DORA. – No se ciegue, señora. No soy quizá la llamada a aconsejárselo; pero, ¡si supiera con qué buena intención lo hago!

AMANDA. – Si quiere hacerme un favor, infórmese de lo que ocurre con el auto de...

DORA. – Lamento decirle que su compañero no volverá. Es inútil que lo espere más.

AMANDA. – ¿Le ha pasado algo?

DORA. – Fui yo quien lo hizo llamar y salir de aquí... Y ya recibió su merecido.

AMANDA. – ¿Lo atacó Adrián?

DORA. – Adrián nada sospecha, ni debe siquiera sospechar. ¿Para qué? Lo hice atacar yo... Le hice cortar la cara, para que escarmiente.

AMANDA. – (**Aterrorizada**). ¡Oh!

DORA. – Ahora solo falta que usted se vaya para su casa.

AMANDA. – (**Furiosa**). ¿Quién es usted para venírmelo a indicar?

DORA. – No se sulfure, señora que sólo trato de ayudarla. Cuando fui a visitarla una vez, usted me ofreció una copa, que acepté y le agradecí. Ahora, como usted me hace el honor de venir a mi casa...

AMANDA. – ¡Ah! ¡Esta es su casa!

DORA. – A la orden, señora. Los tenderos, cuando nos proponemos, prosperamos también, como todo le mundo.

AMANDA. – La felicito... Atienda entonces... A lo suyo.

DORA. – Adrián es algo mío, en cierto modo.

AMANDA. – Vaya entonces a conseguirle más esparcimientos... Y a mí déjeme en paz.

DORA. – Apelo a su nobleza y a su buen corazón, señora, para que acepte que en este momento es rato de servirles a ambos... A usted no le conviene que la vean aquí sola... y a él mucho menos.

AMANDA. – ¡Lo defiende usted demasiado!

DORA. – Siempre ha sido así. Cuando me abandonó para casarse con usted, pensé que mi misión había terminado; y ahora creo que apenas comenzaba... La prueba es que, cuando usted trata de hundirlo, Dios me hace salir en su defensa.

AMANDA. – Quédese con él entonces, de una vez por todas.

DORA. – Sea razonable, señora... Aunque no haya sufrido, le conviene pensar en los demás... No aspiro a quedarme con él. Tan solo a serle útil cuando lo necesite. Creo cumplir así con un deber que yo misma me he impuesto. Cumpla usted con el suyo.

AMANDA. – Veo que lo quiere usted mucho todavía.,

DORA. -A pesar de todo; pero a mi manera; sin disputárselo a nadie... como puedo querer a los hijos que él me dio...Por eso trato en este momento, no de destruirle su hogar, sino de protegérselo.

AMANDA. – ¡Eso veo! ¡Con chicas quinceañeras!...

DORA. – ¡Qué poco conoce usted la vida, señora! Esa es una simple distracción, que a nadie perjudica... No piense en esas tonterías, sino en que usted juró consagrarse a él toda la vida... Piense que yo tenía armas para disputárselo, y que no lo hice. Piense que si me sacrificué para hacerlo valer, para dejárselo a usted, para educar a los hijos que él abandonó, a usted le toca ahora poner de su parte lo que le corresponde: ser una mujer honrada.

AMANDA. – Sí, mientras usted, como sospecho, hace el papel de la mujer pródiga...

DOHA. – Me alegra que sea usted quien toca el punto... Pues si con eso puedo servirle, lo hago sin reparos. Usted en tanto puede servirle más con su abnegación, con su dignidad, con su posición social... Le aseguro que lo llevará muy lejos; que le hará coronar su carrera.

AMANDA. – Defiéndasela usted sola... Es lo mejor .

DORA. – Sola ya no podría. Pero ambas sí, cada una dentro de la misión que le corresponde. Usted con un nombre limpio; y yo...

AMANDA. – Y usted con lo que gana aquí, ¿no es cierto?

DORA. – Si cree que somos incompatibles se equivoca. En eso sí podemos hablarnos de igual a igual, señora, aunque le pese. Y hasta le llevo alguna ventaja. Su papá vivió siempre del gobierno, que vende un aguardiente inferiorísimo al que aquí se consume.

AMANDA. – ¡Cuídese de ofender a papá!

DORA. – Para no ofenderlo, ya debiera usted estar lejos de aquí, señora, como insisto en suplicárselo muy respetuosamente.

(**Entra CELESTIN**).

CELESTIN. – Señora...

DORA. – Ahora no atiendo nada...

CELESTIN. – ¿Aceptamos este vale?

DORA. – Haga lo que quiera...

CELESTIN. – Ese señor tiene ya treinta y es inútil cobrarle...

(**Entra PACHITO ebrio**).

PACHITO. – ¿No es cierto, Dorita, que mi crédito aquí es ilimitado?...

DORA. – (A **CELESTIN**). Déjalo firmar cuanto quiera.

PACHITO. – (A **CELESTIN**). ¿Te convences, lacayo?... ¡Da media vuelta!

(**Sale CELESTIN frunciéndose de hombros**).

DORA. – Hazme, eso sí, Pachito, un gran favor.

PACHITO. – ¿Un favor?... Es lo único que sé hacer.

DORA. – Acompaña a la señora, que es tu amiga... Llévala a su casa.

PACHITO. – (**Sacudido**). ¡Qué!... ¡Amanda! (**Para sí**). ¡Y ese bárbaro aquí también!

(**Trata de correr y da un traspié**).

DORA. – (**Sujetándolo por un brazo**). ¡Cuidado!

PACHITO. – (**A AMANDA**). Vamos, vamos...

DORA. – No corre tanta prisa... Voy a enviarles una copa de champaña.

AMANDA. – N o.

"DORA. – Es con todo gusto, señora, para corresponder a una vieja atención... Pachito brindará en mi nombre.

(**Sale DORA**).

PACHITO. – ¿A qué diablos has venido aquí?

AMANDA. – (**Picaresca**). A verte.

PACHITO. – ¿A mí?... ¡Archiva esa clase de impulsos!

AMANDA. – ¡Como andas tan perdido!... ¡Y me dijeron que no salías de aquí!

PACHITO. – Sí. Aquí vengo a aturdirme... Y estaba contento; pero me cortaste la alegría de un tajo.

AMANDA. – Se ve que no te hacemos falta.

PACHITO. – Muchísima... Por eso mismo... Permíteme un momento (**se pone pie**).

AMANDA. – ¿A dónde vas?

PACHITO. – Ya vengo...

AMANDA. – ¿Vas a decirle a Adrián que se esconda?... ¡Bobo! Sé que está aquí, muy divertido... Y me importa poco. Hoy rompimos definitivamente.

PACHITO. – ¿Y vienes a proponerme viaje a Miami?

AMANDA. – No. A hacer lo mismo que Adrián: a distraerme.... Si quieres llámalo.

Juntamos mesas.

PACHITO. – Aquí no te dejo hacer escenas. En privado, todas las que quieras; pero en público no. ¡Y menos aquí!

(*Entra CELESTIN con champaña*).

CELESTIN. – La champaña...

AMANDA. – Llévesela.

PACHITO. – ¡No faltaba más!... ¡Si es de la mejor marca!

AMANDA. – (*A CELESTIN*). Dígale a esa señora que muchas gracias; pero que...

PACHITO. – Déjate de escrúpulos. No es ella; soy yo quien te la ofrezco... ¡De todo corazón! (*A CELESTIN*). Lacayo: tráeme otro vale.

CELESTIN. – (*Sonriendo*). Todos los que quiera...

(*Sale CELESTIN*).

PACHITO. – (*Brinda*). Por tí... (*Nostálgico*). ¡Por Plácida!... Y por lo único que me haría feliz del todo.

AMANDA. – ¿Qué será?

PACHITO. – ¡La cuadratura del círculo!

AMANDA. – Es sorprendente. Estaba energúmena. Llegaste, y se me espantaron todas las preocupaciones.

PACHITO. – Las mías en cambio recrudecen.

AMANDA. – Pero no quiero estar aquí más tiempo. Vámonos.

PACHITO. – ¿A dónde, si sólo aquí me abren crédito?

AMANDA. – Para mi casa.

PACHITO. – Muy bien pensado... Te acompañó hasta el portón.

AMANDA. – ¿No entras?

PACHITO. – Por ningún motivo.

AMANDA. – ¡Ingrato! ¡Supieras cómo te echa mamá de menos!

PACHITO. – Sí por allá llueve, por aquí no escampa,

AMANDA. – ¿Por qué se atormentan entonces inútilmente?

PACHITO. – Empiezo a preguntármelo. ..

AMANDA. – ¿Por qué no te casas, flojo?... ¡Si ella te adora!

PACHITO. – ¿Con qué me caso? ... Para casarse, lo indispensable no es el con quien, sino el con qué.

AMANDA. – Haces lo mismo que ahora: firmas vales.

PACHITO. – ¿Tendría valor para hacerlo indefinidamente?... Déjame pensarlo entre sorbo y sorbo... ¡Chócala!

AMANDA. – Encantada...

(*Al cruzarse las copas, entra PLACIDA y queda suspensa*).

PLACIDA. – Por teléfono me avisaron que estabas aquí. (*Las copas se vierten sobre le mantel*).

PACHITO. – ¡Tú también!

PLACIDA. – ¿De manera que este es el amigo escrupuloso, que dejó de venir a vernos, pero se cita con mi hija en los cabarets?

AMANDA. – No vine con él, mamá, ni por él... ¡Te lo juro!

PLACIDA. – Es piadoso en todo caso negarlo.

AMANDA. – ¡Pachito es inocente!

PACHITO. – Entendámonos. ¡Inocente no! ¡La inocencia la perdí en el colegio... Pero tratándose de ti y de tu hija, soy el Casto José.

PLACIDA. – (A AMANDA). – ¿A qué has venido entonces aquí?

PACHITO. – ¿A qué ha de ser? ¡A ampliar el radio de acción para las discordias conyugales... Asómate allá y verás...

PLACIDA. – (Al darse cuenta de que ADRIAN está ahí). – ¿Fuiste entonces tú quién hizo llamar?

PACHITO. – No sé quien sería; pero aplaudo la medida.

PLACIDA. – Tampoco está eso bien, Amanda. Haga lo que haga tu marido, debes conservar tu puesto de señora.

PACHITO. – ¡Un puesto tan cómodo, a pesar de todo!

PLACIDA. – Francamente, debías inventar para mí penas menos duras. ..(Cae *Ilorando*).

PACHITO. – (*Conmovido*). Plácida...

PLACIDA. – ¿Qué?

PACHITO. – No te atormentes por tan poca cosa, que no vale la pena. Nada grave pasó al fin y al cabo... y si todavía dudas de que...

AMANDA. – ¡Arriésgate, hombre!

PACHITO. – ¿Estará de Dios?

AMANDA. – Échate al agua,

PACHITO. – Plácida...

PLACIDA. – ¿Qué?

PACHITO. – ...Dame tu mano.

PLACIDA. – ¿Para qué?

PACHITO. – ¿A quién se la pido entonces? ¡Cómo no tienes padre ni madre, ni Perrito que te ladre...

PLACIDA. – (*Enjugándose los ojos*). Siempre logras hacerme reír con tus ocurrencias.

PACHITO. – Esta vez no te rías... Es en serio. ..

PLACIDA. – Verdad... ¿Para qué nos atormentamos en balde?... Pero vámonos... No resisto este ambiente,

PACHITO. – Agotemos la botella para despedirme de mi vida de soltero... ¡Lacayo!... ¡Otra copa!

PLACIDA. – (*Tomándolo del brazo*). La tomamos en casa...

(*Entra ADRIÁN*).

ADRIÁN. – Oye, Dora: esa chica nueva... (*Se sorprende*). ¿Eh?...

PACHITO. – ¡Qué Dora ni qué chica ni qué niños muertos! ¡El brazo a tu mujer!

AMANDA. – No...

ADRIÁN. – ¿Qué hacen aquí?

PACHITO. – (*Enérgico*). ¡El brazo a tu mujer, he dicho!...

ADRIÁN. – Permíteme que...

PACHITO. – ¡Sin comentarios!

ADRIÁN. – ¿Con qué objeto?

AMANDA. – ¡He dicho que no!

PACHITO. – ¡A obedecer! ¡Y mañana endereo esto, aunque tenga que hacerlo a crédito!... ¡Por delante, hijos míos!

ADRIÁN. – Permíteme entonces un instante, Pachito... (*Trata de salir*).

PACHITO. – ¿Pachito?... ¡Papacito!

ADRIÁN. – (*Desconcertado, obedece automáticamente*).

PACHITO. – ¡Ahora el jefe de familia soy yo. . . , para que mañana puedas tu ser Jefe de Estado!

(*Van saliendo, adelante AMANDA con ADRIÁN, y tras ellos PLACIDA con PACHITO*).

TELON